LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid	30 pesetas.	16 pesetas	9 pesetas.
Provincias	35 »	18	10 »
Portugal.....	7.520 reis.	3.890 reis.	2.160 reis.

AÑO XV.—NUM. XXIII.

EDITOR-DIRECTOR, D. ABELARDO DE CARLOS.

ADMINISTRACION, CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

Madrid, 15 de Agosto de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico...	9 pesos fs.	5 pesos fs.	3 pesos fs.
Filipinas y Américas....	12 »	7 »	4 »
Extranjero.....	40 francos.	22 francos.	12 francos.

EL CONDE DE PARÍS Y EL DUQUE DE CHARTRES (pág. 387).

SUMARIO.

TEXTO.—Diálogos. II: de Avila á Zumarraga, por don José de Selgas.—Carta al Ilmo. Sr. D. José Amador de los Rios, por don Miguel Rodriguez-Ferrer.—El conde de Paris y el duque de Chartres, apuntes biográficos, por X.—*El roble aleman.*—La sucesion de Cárlos II, apuntes historicos, por don Manuel Castro.—Alegoría de la música.—Nuevo escudo de armas del imperio aleman.—La cruz roja.—Excavaciones en la antigua Iruña, por F.—Cristina Nilsson.—*La fé del amor, novela continuacion*, por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—Catástrofe de Forbach.—El faro, imitacion de una balada alemana, por don V. Barrantes.—Benita Anguinet, apuntes biográficos.—Ciencia industrial: aplicaciones de las corrientes termo-eléctricas.—Anuncios.

GRABADOS.—Retratos del conde de Paris y del duque de Chartres.—Hermana de la «Cruz Roja».—Alemania: ramillete de acero ofrecido al emperador Guillermo por los industriales de Stuttgart.—Cristina Nilsson.—Madrid: techo pintado por Eduardo Rosales para un gabinete del palacio del marqués de Portugalete.—Alsacia: choque de dos trenes prusianos en la estacion de Forbach.—Alemania: nuevo escudo de armas del imperio.—Vizcaya: monumento megalítico de San Miguel de Arrechinaga.—Alava: armas y utensilios encontrados en las excavaciones de Iruña.—Mad. Benita Anguinet, notable prestidigitadora.—Pirómetro eléctrico.

DIÁLOGOS.

II.

DE ÁVILA Á ZUMARRAGA.

Volaba el tren dejando en el aire las ondas fugitivas de su penacho de humo, y las dos amigas continuaban durmiendo, una enfrente de otra, en la misma posicion y de la misma manera en que las hemos visto salir de la estacion de Ávila.

De vez en cuando entreabrian los ojos, cambiaban de posicion y volvian á dormirse. Habian charlado mucho durante la noche, y las habia cogido el sueño de la mañana de medio á medio. Y ciertamente, en los caminos de hierro al viajero almacenado en un coche, sin más valor que el que puede tener un fardo que se trasporta, sometido á la ley brutal de la máquina, no le queda más recurso, para pasar el tiempo, que charlar ó dormir, porque la velocidad con que se camina no deja que la vista contemple la novedad ó belleza de las perspectivas que se suceden en el curso del viaje. Todo pasa en óptica confusa; y el paisaje, cambiando á cada instante de color y de forma, se desvanece interminablemente como una sucesion de *cuadros disolventes;* trasformacion continua, que en vez de recrear marea, que cansa el ánimo, sin dejar en la memoria ningun recuerdo.

Nuestras viajeras hacian perfectamente en dormir al atravesar las llanuras de Castilla, iluminadas por los primeros rayos del sol de Julio.

Inés fué la primera que abrió los párpados, resuelta al parecer á no volver á cerrarlos: abrió la boca en prolongado bostezo, que terminó en un triste suspiro, como si saliera de las delicias de un sueño dichoso al fastidio de una realidad penosa... ¡Cuántas veces en la vida despertamos con la afliccion del que cae del cielo á la tierra!

Miró á su amiga, que continuaba profundamente dormida, sobre cuyo regazo descansaba la rubia y risueña cabeza de la niña, moviendo imperceptiblemente los labios, como si hablara con los ángeles un lenguaje que los hombres no entienden.

Despues que con envidiosos ojos contempló por algunos instantes el reposado grupo que formaban la madre y la hija, inclinó la cabeza sobre la ventana del coche y sondeó el paisaje, que se movia al rededor del tren; mas retrocedió asustada, y cerrando los ojos, exclamó sin poder contenerse:

—¡Dios mio, qué precipicios!

Este grito despertó á Rosalía, que se incorporó llena de espanto, diciendo:

—¿Qué sucede!

—Nada, contestó Inés: que acabamos de pasar por Pancorbo... y el camino va como las águilas, de peñasco en peñasco.

Asomó á su vez Rosalía la cabeza por la ventana del coche, y tambien retrocedió asustada, exclamando:

—¡Qué barbaridad!...

Al mismo tiempo rodeó á la niña con sus brazos, como si quisiera defenderla del peligro. La niña abrió los ojos, sonrió á su madre, y volvió á quedarse dormida.

Inés guardó silencio, esperando tal vez que Rosalía reanudara la conversacion, que se quedó interrumpida en la estacion de Ávila; pero ésta, demasiado preocupada por la idea del peligro de que se creia amenazada, no parecia dispuesta á emprender conversacion ninguna, por lo ménos mientras durara el terrible tránsito del tren por aquellas montañas.

Inés dijo:

—¿Tienes miedo?

—¡Oh, sí! contestó Rosalía, estrechando más á su hija.

—Pues no pienses en ello.

—¿Por qué?

—Porque es inútil. Cuando una se mete en uno de estos coches, silba la máquina y el tren parte, nos entregamos completamente en manos de la Providencia; no hay socorro humano que pueda valernos, si la catástrofe estalla.

—Pero eso es horrible, exclamó Rosalía.

—Sin duda; mas si no hubiera caminos de hierro, el mundo careceria de las ventajas que proporciona este elemento civilizador; y sin ir más léjos, ahí tienes que áun estaríamos cerca de Madrid, si hubiéramos emprendido nuestro viaje en una insoportable diligencia.—Váyase, pues, lo uno por lo otro.—Mira, ahora vamos á pasar el Ebro.

—Esto es viajar con el alma en un hilo.

—¡Quién piensa en eso! el coche es cómodo y el viaje breve; lo demás, ¿qué importa?... Hablemos, pues, de otra cosa.—Esta madrugada viste á mi señor marido, y tengo curiosidad por saber qué impresion te ha causado...

Rosalía movió la cabeza de un modo equívoco, como quien trata de eludir la respuesta que se le pide; mas Inés soltó una ruidosa carcajada al ver la vacilacion de su amiga, y añadió:

—No, no; sé franca: no te dispenso de la sinceridad.

—Esas cosas, replicó, son delicadas... al fin es tu marido. Si fueras á casarte, seria distinto; áun tendria remedio... Quiero decir que... Además... no lo he visto bien... no lo conozco...

—Te comprendo... Me compadeces, y no quieres mortificar mi vanidad de mujer diciéndome: «Inés, te has casado con un estafermo...»

—¡Dios mio! yo no digo semejante cosa...

—No te atreves á decírmelo, pero lo piensas...

—Y bien, exclamó Rosalía, no encontrando palabras con que hacer traicion á sus sentimientos, ¿por qué te has casado con ese hombre?

—¿Por qué?—repitió Inés frunciendo el entrecejo;—claro está,—porque era rico.

—Entónces,—añadió Rosalía encogiéndose de hombros,—¿de qué te quejas?

—No me quejo... Lo que hago es vivir desesperada, porque he vendido mis ilusiones, mis esperanzas, mi felicidad, por un puñado de oro, ménos aún, porque ese oro no es mio, y veo que he hecho un malditísimo negocio.

—Pero eso... replicó Rosalía, ¿cómo no lo has visto ántes?

—¡Ántes!... exclamó Inés. Mira, ántes me pusieron una venda en los ojos.

—¡Una venda en los ojos!...

—Sí... en los ojos de mi corazon, en los ojos de mi conciencia, en los ojos de mi cara.

—¿Quién?...

—¡Oh! es cruel decirlo; pero quiero que lo sepas. Tienes una hija que ahora duerme tranquilamente sobre tus rodillas; mañana será mujer, y será hermosa, y tal vez lo que voy á decirte á ti, que eres su madre, la libre de caer en el precipicio á cuyo borde yo me encuentro: precipicio más terrible y más peligroso que los que estamos pasando en este momento. Pusieron una venda en los ojos de mi corazon, en los ojos de mi conciencia y en los ojos de mi cara. Mi padre, mi madre, mis hermanos... cuantas personas parecian obligadas á iluminar mi entendimiento y á dirigir mis acciones... todo el mundo. Ya se ve; se trataba de que fuera rica... se trataba de conquistarme una posicion desahogada... buena casa, buena mesa, un coche, criados, joyas, vestidos... y toda mi familia conspiró á mi alrededor, con el tierno fin de hacerme dichosa.

—Bah... dijo Rosalía interrumpiéndola; tú exageras.

—No, contestó abanicándose con viveza, como si experimentara la incomodidad de un calor repentino; no exagero; todo eso lo poseo: vivo en buena casa, cómo en buena mesa, tengo criados que me sirven, coche, algunas joyas y muchos vestidos. ¡Oh, sí! mi posicion es envidiable... Los cálculos de mi familia eran exactos...

—Quiero decir, advirtió Rosalía, que exageras el empeño de tu familia en casarte contra tu gusto.

Inés se echó á reir, diciendo:

—Es verdad... no me pusieron un puñal al pecho... no ejercieron conmigo ninguna violencia; me casé por mi gusto; sé que no tengo ni siquiera el derecho de quejarme; pero seria muy ingrata si no reconociera y confesara que les debo toda la felicidad de que gozo.

—¿Y puedes creer que tu familia?...

—No, se apresuró á decir Inés; mi familia se engañó á sí misma. Vió lo que en el mundo se llama un matrimonio ventajoso, una ganga, y no pensó ni en mi corazon, ni en mi virtud. Hay muchas, muchas familias honradas, que sin pensar en ello comercian con los más nobles sentimientos.

—Pero mujer, ¿qué hicieron contigo?...

—Nada... lo más natural del mundo. Imagínate que ese infeliz sexagenario tuvo con mi padre no sé qué negocio, de cuyas resultas trabaron amistad, y el pobre viejo dió en visitar mi casa. Desde luego me pareció un hombre insustancial, bastante egoista, con unos piés enormes, de los que sólo se podia servir arrastrándolos. Si hubiera sido jóven, me habria parecido feo, y me habria sido antipático; pero habia cumplido ya sesenta y tres años, y no pensé en semejante cosa. Despues de algun tiempo advertí que era sumamente pesado, que nos hacia visitas diarias é interminables, y pensé que habia tomado mi casa por café ó por casino, á donde iba por pura comodidad y por mero pasatiempo. A todo esto, mi familia lo trataba con una consideracion, con un agasajo, que sin saber por qué, empezó á parecerme de malísimo gusto, y resolví evitarme el fastidio de su presencia, y sobre todo, la pejiguera de su conversacion insufrible. Mas mi madre, que es tan azúcar en punto, me hizo entender que la señorita de la casa debia hacerle los honores al posma del hombre, y por no disgustarla, decidí vengarme del viejo burlándome de su necedad, y llegó á establecerse entre nosotros la intimidad que existe entre el verdugo y la víctima. En honor de la verdad, debo decir que sufria mis chanzas con mucha paciencia, y yo me permitia con él libertades que no me hubiera permitido con otros, porque para mí no era hombre. Un dia me llamó mi madre, y me dijo: «Inés, eres una señorita juiciosa. Tienes virtud, talento y belleza bastantes para hacer la felicidad del hombre que sepa estimarte y comprenderte, y me parece que has encontrado ese hombre.—Señora, le contesté, no he encontrado hombre ninguno, ni he pensado jamás en casarme.—Bien, replicó, esa reserva es natural; las niñas no hacen nunca ciertas confesiones; pero los padres estamos obligados á pensar en el porvenir de nuestros hijos, y tú al fin y al cabo has de establecerte.—¿Y qué piensa usted, le pregunté.—Pienso, me contestó, que el mundo está perdido, que la juventud está corrompida, y me estremezco ante la idea de verte mañana ó el otro en poder de un jóven lleno de vicios que haga la desdicha de tu vida.»

Rosalía suspiró al oir estas últimas palabras, y su amiga la preguntó:

—¿Tu marido, tiene vicios?

—Sí, contestó Rosalía; tiene uno, el vicio de la política.

Miróla Inés con desdeñosa compasion, y prosiguió diciendo:

—Jamás me habia ocurrido la idea de ser monja, y no supe resolver la dificultad del caso que mi madre me presentaba; ésta me dijo: «Te quedas pensativa, y me alegro; piensa, piensa en ello.» Te confieso que no obedecí á mi madre, pues no volví á pensar en el asunto. Otro dia hablábamos mi hermano y yo del hombre que hoy es mi marido, y mi hermano me decia: «Inés, ¡qué suerte tienes! pescar un viejo millonario es, te lo diré en latin para mayor claridad, el

gran *desideratum* de una mujer que sabe dónde le aprieta el zapato, y tú has flechado á nuestro rico *pelele*.—¿Y crees tú, le dije con la risa en los labios, que se puede querer á un viejo para marido?—Precisamente, me contestó, es para lo único que se le puede querer.—No disparates, le repliqué. Tú hablas siempre mal del matrimonio, y no comprendo tan repentino cambio de parecer.—Vas á comprenderlo, me dijo; casarse con un viejo, es casi no casarse; es el ménos matrimonio posible.» Poco á poco se fué formando en mi casa una atmósfera matrimonial que me sofocaba; mas al fin me acostumbré á aquel aire de casamiento ventajoso, que respiraba por la mañana, por la tarde y por la noche. Mis amigas decian que era una fortuna loca, y los jóvenes que frecuentaban mi casa comenzaron á mostrarse conmigo más reservados; y uno de ellos, el que en Ávila se acercó á saludarme, que es un hombre de mucho talento, á quien yo distinguia entre todos, decia siempre que se hablaba de este asunto. «Sí, sí, todo el mundo conviene en que es una gran boda.» Por último, mi padre me presentó las formales pretensiones del viejo, pidiéndome una respuesta. «Yo no quiero á ese hombre, le contesté, y no podré quererlo nunca.—Bien, me contestó; es un capricho de niña mimada que te hará perder á los ojos de las gentes sensatas la opinion de juiciosa que entre todos disfrutas; pero yo no trato de torcer tu voluntad. —Á lo ménos, repliqué, déjeme usted que lo piense. —Eso es muy justo, añadió; estas cosas deben pensarse.» La noticia de mi próximo matrimonio circuló por todas partes, y recibí los más expresivos parabienes, porque á nadie le ocurria la idea de que yo pudiera resistirme á tan pingüe enlace. Cada uno me pintaba á su modo y á su manera las diferentes perspectivas de la dicha que me esperaba, y empecé á creer que seria una locura desechar tan buen partido, y yo tenia mi vanidad en ser juiciosa. ¿Qué hubieras tú hecho en mi caso?

Rosalía no esperaba esta pregunta, y balbuceó las siguientes palabras:

—Yo... quién sabe... tal vez... qué sé yo lo que hubiera hecho.

El tren se detuvo en la estacion de Vitoria, y luégo que hubo salido, continuó Inés diciendo:

—Me falta un detalle: los periódicos dieron cuenta del suceso, haciendo de mi belleza y de mi elegancia los más lisonjeros elogios, y poniendo al pobre viejo en los cuernos de la luna. Anunciaban, por supuesto, que despues de la luna de miel abriria mis salones y seria una de las damas más brillantes de la buena sociedad. Mi buen viejo oia estas cosas y las celebraba restregando una con otra sus huesudas manos, y riyéndose como un estúpido. Áun no me habia yo decidido, y ya estaba casada en el ánimo de las gentes... mi matrimonio era cosa hecha; lo habia decidido la opinion pública, y bajé la cabeza y me casé por sufragio universal... así ha salido ello. ¡Ay, Rosalía! reuní todo mi juicio para hacer una gran locura.

—No es, ciertamente, dijo Rosalía, cosa agradable verse en la flor de la juventud casada con un viejo á quien no podemos amar y que francamente no puede comprendernos; pero vamos, mujer, no es una desgracia tan grande, y en cambio tiene otras ventajas.

—No, gritó Inés con vehemencia. Es el vacío en el alma... la soledad en el corazon... el frio en los huesos... es un peligro constante á nuestra virtud; es la lucha continua de nuestra conciencia, con las más temibles tentaciones.

—Comprendo todo eso; pero si tiene talento, si tiene bondad, si es generoso...

—¡Talento!... ¿Crees tú que pueden tener talento los viejos que se casan?... ¡Bondad!... ¿Te parece poco cruel su compañía?... ¡Generoso!... ¡y compra una dicha imaginaria sacrificando la felicidad de toda mi vida!...

—Pues bien; yo te digo que un hijo calmará al fin y al cabo la exacerbacion de tan exagerados sentimientos; no tengas duda.

—¡Jamás! exclamó Inés... la idea de tener un hijo me horroriza. Un hijo valetudinario, enfermizo, enclenque... que sacaria en la sangre la decrepitud de su padre... nunca... No se puede jugar con la naturaleza, y yo sé que los hijos de los viejos son muy infelices... No me queda ni el consuelo de ser madre.

Aquí el silbido de la máquina cortó de nuevo la animada conversacion de las dos amigas, y un momento despues entraba el tren lentamente en la estacion de Zumarraga.

—Vamos á separarnos, dijo Rosalía.

—Veremos, añadió Inés; porque me ocurre una idea.

—¿Qué te ocurre?

—Ya verás... Voy á hacer una locura llena de juicio... Nos vamos á reir mucho, mucho.

El tren se detuvo, y las puertas de los coches comenzaron á abrirse.

JOSÉ SELGAS.

CARTA

que con el cuadro á que hace referencia el dibujo que en su lugar publicamos, se dirigió por el Ilmo. Sr. D. Miguel Rodriguez-Ferrer al Sr. Amador de los Rios para sus últimos trabajos, sobre los monumentos arqueológicos de las Provincias Vascas.

ILMO. SR. D. JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

Mi bueno y antiguo amigo: recuerde usted que allá por el año de 1844, me dirigí á la «Comision central de Monumentos del Reino,» de que era usted digno secretario, y que al hacerlo, condolido por el estado en que encontré el célebre sepulcro del gran cardenal Cisneros, se debió á mi sentida denuncia, secundada y apoyada por el influjo de su posicion oficial entónces, y á su amor siempre creciente por el arte, que de allí á poco surgiera la restauracion, y en cierto modo desagravio, que aquel monumento nacional requeria, segun lo que por su órgano me manifestó aquella corporacion.

Pues al presente, tambien invoco su entusiasmo histórico-artístico, y llamo su ilustrada atencion sobre el cuadro que le acompaño, no para pedirle auxilio alguno para el monumento que representa, que no lo necesita por su cualidad ante las injurias de los siglos, ni tampoco ante las de los hombres, puesto que nuestro culto religioso ha venido á cubrirlo con sus bóvedas protectoras; sino para que usted lo dé á conocer como su importancia merece, en el erudito trabajo en que se ocupa usted precisamente en estos momentos, sobre la arqueología especial de las Provincias Vascongadas, y que yo tengo la satisfaccion de conocer en parte.

Al efecto, le envío su lámina, pasando á darle algunos antecedentes, pues creo que por ellos formará usted la idea de su singularidad, y de que no habrá muchos en España que lo igualen en grandeza, y en la admiracion que inspiran sus tres colosales masas y los medios dinámicos con que allí pudo erigirse su triple mole, como monumento megalítico y recordatorio. Pero ¿á qué pueblos perteneció? ¿Cuál es la civilizacion especial que refleja su original estructura para haber llegado hasta nosotros, llenándonos de asombro?...

Precisamente es para esto el objeto con que á usted mando el cuadro que lo representa en el interior de una iglesia, y el motivo por el que esta carta le escribo: que ya desde 1841 traté yo de darlo á conocer, por lo que de él llegó á mis oidos, encontrándome de corregidor político de Vizcaya, si nuestras agitaciones públicas no me lo hubieran por entónces impedido, y despues mi marcha y permanencia en América, sepultando por muchos años este deseo. Pero la suerte ó la fatalidad me proporcionó en el pasado año volver á aquella tierra de gobernador civil, y ya pude visitarlo, aunque de corrida, por no permitirmelo de otro modo ciertos deberes; y cuando ya hoy pudiera publicar la impresion que esta curiosidad me produjo, que fué bien profunda, no seria yo tan competente como usted para revelar su estudio, y apareceria además como una cosa aislada, cuando usted debe y puede encajonarlo hasta cronológicamente en el largo y concienzudo que usted está elaborando sobre las tres provincias hermanas. Basta, pues, de exordio, y entro en materia.

En la provincia de Vizcaya (señorio ántes), y como á ocho leguas de su capital Bilbao (no por el fuero), existe una *Anteiglesia* (division foral), llamada de *Jemein* ó *Xemein*, y entre las cinco ermitas que en su área se levantan, aparecen en la de San Miguel de *Arrechinaga* y bajo su bóveda, tres grandes bloques ó piedras que mútuamente se sostienen, de base, cuerpo y altura colosales, monumento que yo coloco entre los más *primitivos*, y particularmente clasificados con la denominacion de *Pëulvans* ó *Menhirs*, *Hileras*, *Kromlechs*, etc., bautizados hasta aquí con el nombre de *Célticos*, segun Gailhabaud, Batisier y otros autores, aunque ya hoy, por otros descubrimientos y recientes obras que usted bien conoce, se tienen por producto y legado de otras civilizaciones á más de la *Céltica*. Es verdad que éste tiene la particularidad de contar más partes que el *Menhir*, y no tantas como el *Kromlech* circular breton; pero bien puede pasar este escrúpulo ante el conjunto de sus tres peñas reunidas, que forman como una sola pirámide, y que se colocaban regularmente junto á los sepulcros, cuando era sólo de una pieza. Para épocas tan remotas es posible que los Bretones y Eúskaros ofreciesen una misma civilizacion, como eran casi iguales su ambiente y sus montañas. Y es muy extraño que el erudito Padre Flores no tuviera de él conocimiento, como por incidencia lo tuvo del ídolo de Miqueldi, y no hable de esta antigüedad, y más raro, que no se conserve en el archivo de esta Anteiglesia, lo que pensaron de ella sus antepasados, cuando quisieron cubrirla con un templo y engastarla entre los altares del catolicismo. Yo creo que de ello no existe nada segun me dijeron, y porque de haberlo, lo hubiera revelado el diligente señor Delmas en su preciosa *Guia*.

Más no acierto á decir á usted. Pero usted sí que me puede y debe rectificar en obsequio de la ilustracion pública, porque si el verdadero saber pertenece á pocos, la mejor ilustracion se debe á todos; y bien sabe usted, que de antiguo me conoce, que no siendo yo de los privilegiados, he trabajado siempre (aquí y en América) por extender al ménos esta ilustracion nacional.

Para concluir: la orientacion de este monumento megalítico, su base y sus dimensiones, las encontrará usted en la ya citada *Guia* de nuestro comun amigo, cual pormenores indispensables para su estudio; y yo me repito como siempre suyo *ex corde*,

MIGUEL RODRIGUEZ-FERRER.

P. D. La etimología vasca *arrechinaga*, de *arri*, piedra, está diciendo que ántes del templo que hoy cubre á este monumento, habia entre ellas algun santo ó imágen de San Miguel, cuando ya se le nombraba San Miguel de las Piedras ó *Arrechinaga*.

EL CONDE DE PARÍS

Y EL DUQUE DE CHARTRES.

En el núm. XIX hemos publicado los retratos del conde de Chambord y de los hijos de Luis Felipe I, acompañados de unos breves apuntes biográficos.

Debemos, por lo tanto, completar nuestro pequeño álbum de los Borbones de Francia, presentando hoy en la página primera de este número los retratos de los hijos del duque de Orleans, aquel amable príncipe cuya muerte inesperada y prematura fué *un malheur reel* para la Francia, segun se expresa el laureado autor de *Lutèce*.

EL CONDE DE PARÍS, Luis Felipe Alberto de Orleans, nació en el palacio de las Tullerías al caer la tarde del 24 de Agosto de 1838, y fué el hijo primogénito del duque de Orleans y de la princesa Elena.

Su padre murió desgraciadamente el 14 de Julio de 1842; habiéndose desbocado los caballos del carruaje que ocupaba, fué despedido con gran violencia sobre el pavimento de la calle de la Revolte, á causa de un fuerte choque, y falleció de resultas del golpe.

HERMANA DE LA «CRUZ ROJA» (pág 391.

«Nunca la muerte de un hombre—dice el autor ya citado—ha sido motivo de un duelo tan grande. En todas partes se oian sollozos y lamentaciones por la muerte del jóven príncipe, cuyo carácter caballeresco era el de un verdadero francés, en la acepcion más perfecta de la palabra.»

La princesa Elena, viuda del heredero presuntivo de la corona de Francia, encargóse directamente de la educacion de sus dos hijos, el conde de París y el duque de Chartres, de cuatro y dos años respectivamente,—«convencida (escribió ella misma algunos años más tarde) de que solamente las madres saben inspirar y desarrollar íntimamente, en los tiernos corazones de sus hijos, el sentimiento de lo bello, é inculcarles á la par los principios del honor, de la lealtad y del patriotismo.»

Plein de raison et de profondeur—dice otro escritor francés—creció el conde de París, cuyo espíritu generoso pareció fortalecerse con las desgracias, pues apenas tenia diez años cuando la revolucion de 1848, que destronó á su abuelo, condenóle á un destierro que debia durar veintitres años.

Cuando estalló en el continente americano la terrible lucha separatista, el conde de París, defensor de las causas nobles, ofreció su espada al presidente de la Confederacion del Norte, y combatió dos años por la libertad de los esclavos.

Volvió á Inglaterra, donde su familia residia, en 1864, y luégo contrajo matrimonio con su bella y simpática prima, la princesa doña Isabel de Orleans y Borbon, hija primogénita del señor duque de Montpensier, de la cual tiene dos hijos: María Amelia Luisa Elena, y Luis Felipe Roberto.

El conde de París ha viajado mucho, y durante su permanencia en Inglaterra vivia modestamente en el *chalet* de Twickenham, pintorescamente situado sobre la ribera izquierda del Támesis, no léjos de Lóndres.

Hoy reside en París, en casa del conde Paul de Segur, y ha sido visitado por M. Adolfo Thiers, presidente del Poder ejecutivo.

Roberto de Orleans, duque de Chartres, nació en Noviembre de 1840.

¿Cómo se dió á conocer á la Francia este animoso príncipe?

Despues de la catástrofe de Sedan, los alemanes victoriosos inundaron el Norte y el Oeste de la Francia, á semejanza de rios desbordados, y penetraban ya en el corazon de la vieja Normandía, rica y fecunda, cuando el bravo general Briand fué encargado por el gobierno de la defensa nacional de cubrir las vastas llanuras que se extienden desde Rouen hasta el mar, y salvar principalmente, si era posible, á Dieppe y al Havre.

Briand se puso á la cabeza de algunos regimientos de marcha, reclutó unos cuantos centenares de móviles, y dirigió una enérgica alocucion á los franceses exhortándolos á defender la patria contra la invasion extranjera.

Á este llamamiento respondieron muchos entusiastas jóvenes.

ALEMANIA.—RAMILLETE DE ACERO OFRECIDO AL EMPERADOR GUILLERMO POR LOS INDUSTRIALES DE STUTTGART (pág. 389).

Uno de ellos presentóse al general Briand, y le suplicó que le concediese un puesto de soldado raso en la vanguardia del ejército.

—¿Cómo os llamais? preguntóle el general.

—Robert le Fort, contestó el jóven.

—¿Habeis sido soldado?

—Sí, general: he peleado en América y en Italia.

Robert le Fort no era otro sino Roberto de Orleans, duque de Chartres, segundo hijo del duque de Orleans, y nieto del rey Luis Felipe.

¿Conocíale el general Briand? ¿Conocióle más tarde, en el ejército de Bretaña, el general Chanzy?

No lo sabemos. El hecho es que el voluntario Robert le Fort, en virtud de su temerario valor en la pelea, ascendió á cabo, sargento y alférez.

Despues de la toma de Rouen, el general Dargent le nombró su jefe de Estado Mayor, y asistió á todos los combates que se libraron en las cercanías de Orleans entre el ejército del Loire y las fuerzas prusianas y bávaras que mandaba el príncipe Federico Cárlos; sabido es que en la victoria de Orleans, el duque de Chartres, Robert le Fort por otro nombre, á la cabeza de un puñado de valientes, arrebató á los prusianos la mejor de sus baterías, y pasó á cuchillo, al pié de los cañones, á los artilleros que la servian.

Robert le Fort fué propuesto tres veces para la cruz de la Legion de Honor.

Tal es el duque de Chartres.

Hoy reside en París, hospedado en casa de M. de Bondy, grande amigo de su desventurado padre.—X.

EL ROBLE ALEMAN.

Bellísimo es el dibujo de esta página.

Representa un magnífico ramillete de mesa, de acero fundido y admirablemente trabajado, que varios industriales y fábricantes de Bforzheim y Stuttgart han ofrecido al emperador Guillermo, como pequeña muestra de su entusiasmo por las glorias de la patria.

La idea no puede ser más oportuna, y la ejecucion es superior á todo encarecimiento.

Apóyase el roble, símbolo de la fortaleza de Alemania, sobre una ancha base octógona, en cuyo primer cuerpo, cilíndrico, hay algunos bajo-relieves alusivos á los triunfos de Sedan y Metz; cuatro bellísimas estátuas, imágenes del Valor, Concordia, Fé y Esperanza, rodean el grueso tronco del viejo roble, como si quisieran guardarle respetuosamente; en la copa del árbol, remate del segundo cuerpo, están colgados los escudos de los diferentes reinos, ducados y provincias que forman actualmente el imperio, y el águila negra de Prusia extiende sobre ellos sus alas y parece cobijarlos amorosamente.

Al ramillete sirve de remate una gallarda estátua de la Victoria, que huella con sus plantas al enemigo vencido.

Tal es el lindísimo objeto que los señores Rau, Ficker y Stuerbach, fabricantes de bisutería en Bforzhei my,

el doctor Ebner y su hermano Eduard Ebner, de Stuttgart, en nombre de gran número de industriales alemanes, han regalado al emperador Guillermo I.

LA SUCESION DE CÁRLOS II.

APUNTES HISTÓRICOS.

Los últimos años de la vida del desdichado rey Cárlos II, y las consecuencias inmediatas que produjo su muerte, prueban de una manera evidente que una de las garantías más sólidas para el reposo de los pueblos, es la posteridad directa y legítima de sus monarcas. Á medida que se iba extinguiendo la vida de aquella sombra coronada, todas las naciones redoblaban sus intrigas por un lado y se preparaban á la guerra por otro; pues todos los síntomas enunciaban una conflagracion general, que habia de producir el último aliento de aquella enfermiza naturaleza, cualquiera que fuera el príncipe elegido para suceder en el trono al rey Católico.

Con el objeto, sin duda alguna, de estar prevenido á todas las eventualidades, Luis XIV detuvo en 1697 la carrera victoriosa de sus ejércitos, y aceptó la paz de Ryswick en el momento en que Mr. de Vendôme se apoderaba de Barcelona y subyugaba todo el principado de Cataluña, cuando Mr. Villeroi con ochenta mil hombres en Flandes imponia á los aliados, al mismo tiempo que Catinat acampaba al pié de los Alpes intimidando á la Italia con cuarenta mil hombres, y Mr. de Choiseul con otro ejército igual dominaba el Rhin. En circunstancias tan favorables para las armas francesas, no podia ménos de llamar la atencion que el altivo rey de Francia, que *sólo contra todos* habia dictado aquellas humillantes condiciones de Nimega (1678), que le constituian en el árbitro de Europa, en 1697 bajo la influencia de la victoria, en Ryswick se desprendiera de sus conquistas, restituyendo á España y al Austria los territorios de que se habia apoderado en sus respectivos dominios; y sin otra compensacion que Pondichery, que le devolvian los holandeses, reconocia al príncipe de Orange por rey de Inglaterra, y se convenia á destruir las fortificaciones de Strasburgo y de las demás plazas atrincheradas que poseia sobre el Rhin. Un solo rasgo de las grandezas de Luis XIV se encuentra en las conferencias de Ryswick: la negativa absoluta á la exigencia formulada por los plenipotenciarios ingleses y holandeses, para que el desgraciado rey destronado de Inglaterra, Jacobo II, refugiado en Versalles, fuese expulsado de Francia con toda su familia (1).

Toda la política del gabinete de Versalles en Ryswick se redujo á ocultar sus aspiraciones sobre la monarquía española, y con el mayor esmero evitó cuidadosamente hacer la menor alusion á los asuntos de la corte de Madrid, y ménos á la posibilidad inmediata de un trono vacante, tan codiciado y sin sucesion directa.

La prevision de Luis XIV era deponer las armas á todo trance para reponer las fuerzas y los recursos de su país aniquilados con una tan larga série de campañas, y colocarse con tiempo en aptitud para sostener una guerra que á la muerte del rey de España parecia inevitable. Este fué el secreto de Versalles en Ryswick, que hechos posteriores vinieron á esclarecer.

En tanto, el cuadro que presentaba la corte de Cárlos II era lo más aflictivo y desconsolador. Convertido el enfermizo monarca en el centro de todas las intrigas de Europa, fué durante sus últimos años testigo y víctima de todas las ambiciones que despertaba su herencia; y aquel monarca, que no supo reinar y que á todas sus desdichas hubo de añadir la falta de sucesion, se veia asediado constantemente, no sólo por los agentes de las potencias extranjeras interesadas en sus despojos, sino tambien por sus cortesanos, que no le daban tregua en sus mortificaciones; por sus confidentes interesados ó seducidos, y lo que es más desconsolador, hasta por su misma madre y por su propia mujer, que sin piedad á su estado febril ni al abatimiento de su espíritu, le presentaban un dia y otro dia su tumba abierta, asaltando su imaginacion con el temor de su próximo fin, haciéndole sufrir una cruel agonía con la idea fija en su herencia y en sus herederos, que le presentaban impacientes aguardando su último instante.

Entre otros pretendientes, dos casas soberanas eran las que se creian con iguales títulos á la sucesion del trono de Castilla: Francia y el imperio austriaco. La primera ocultaba sus deseos y sus pretensiones, ligada como estaba por compromisos solemnes: además, su influencia en Madrid no era ninguna, porque rotas las relaciones entre ambos países por mucho tiempo, sin más excepcion que durante la vida de María Luisa de Orleans, primera mujer de Cárlos II, y sobrina de Luis XIV, este monarca no contaba sino con muy pocos adictos en la corte de España, y el pueblo no podia ménos de mirar con desconfianza á todo lo que de Francia procediera, pues que durante medio siglo no habia visto franceses sino en los campos de batalla. El Austria, por el contrario, aliada constante de la España, habia mantenido siempre las mejores relaciones con la familia real, y sus agentes habian atraido á personajes muy importantes al partido del emperador: el pueblo en los alemanes veia siempre unos fieles aliados. Así que el emperador Leopoldo no ocultaba ni sus deseos ni sus esperanzas. Además habia otros príncipes que, como veremos más adelante, se creian tambien con derecho á suceder en los vastos dominios de la corona de España; el gabinete del Escorial estaba constantemente asediado por los partidarios de los diferentes aspirantes, contribuyendo entre todos á precipitar el fin del desdichado Cárlos.

De Felipe III en igual grado descendian por sus madres Luis XIV y el emperador Leopoldo; pero lo cierto era que Luis XIII habia casado con Ana de Austria, hija mayor de Felipe III, en tanto que la hija menor de este monarca, doña Mariana, se unió con Fernando III, emperador de Austria. Más adelante tambien Luis XIV casó con María Teresa, hija primogénita de Felipe IV y hermana mayor de Cárlos II, y Leopoldo de Austria contrajo matrimonio con la hermana menor doña Margarita Teresa. Por consecuencia, los derechos de la rama primogénita habian continuado en la casa de Borbon, doblemente cuando del matrimonio del rey de Francia nació un heredero varon, el Delfin, y el emperador Leopoldo no habia tenido de la infanta doña Margarita Teresa sino una hija, la archiduquesa María Antonieta Josefa, casada á la sazon con el elector de Baviera, de cuyo matrimonio resultó un nuevo heredero en el pequeño príncipe hijo de los electores y nieto de doña Margarita. Habia además un pretendiente en el duque de Orleans, hermano de Luis XIV, hijo segundo de doña Ana de Austria. Víctor Amadeo, como descendiente de doña Catalina, hija de Felipe II, y el rey de Portugal, como heredero de la infanta doña María, hermana de doña Juana la Loca, tambien alegaban sus derechos.

Parecia evidente que la preferencia, segun la legislacion de Castilla, correspondia á los herederos varones de Luis XIV, puesto que la sucesion en la casa de Austria, además de tener su orígen en hijas menores de los reyes de España, la línea directa se habia interrumpido por una hembra, la archiduquesa María Antonieta de Baviera. Además, que sin la nulidad á que estaba reducido por su hermano el duque de Orleans, no hubieran sido sus derechos los ménos legítimos. Pero la legitimidad de los derechos de la casa de Borbon habia sido renunciada con toda solemnidad, primero por Luis XIII, y posteriormente por su hijo Luis XIV, en las épocas de sus respectivos matrimonios (1615 y 1660); y estas renuncias que imponian al gabinete de Versalles ciertas reservas, obligándole á evitar toda clase de pretension directa, eran el paladium del imperio para apoyar las suyas sin temor á que le opusiera nadie excepcion de mejor derecho.

Lo más particular en este asunto lleno de peripecias, era que mientras en Versalles se temia el acrecentamiento del poder de Leopoldo con la herencia de Castilla y todos sus dominios de Italia y Flandes, además de las posesiones de Asia y América, de donde las naves volvian cargadas de oro, y en Viena se tomaban todas las precauciones para no dejar escapar la rica herencia de Cárlos II, este atribulado monarca burla todos los cálculos nombrando su heredero universal al príncipe José Fernando Leopoldo, hijo del elector de Baviera, cuando nadie habia podido sospechar semejante legado ni preocuparse de un heredero que apenas contaba cuatro años. Pero todavía es más sorprendente que fuera la reina madre, hermana del emperador, la que dictara al rey, en el misterio del gabinete del Escorial, este testamento, por el cual se desheredaba á los hijos de su hermano, en beneficio de un príncipe que estaba en los primeros años de su infancia.

Para que todo sea curioso y ofrezca novedad en esta serie de intrigas, así como la reina madre, austriaca, protegia á un príncipe bávaro auxiliada del conde de Oropesa, marqués de Maceda y otros personajes, la segunda mujer de Cárlos II, María de Newbergt, hija del elector Palatino, sin ser más que cuñada del emperador, fué la más interesada en sostener los derechos de la casa de Austria, en perjuicio de su pariente más inmediato el de Baviera. El ejemplo extraño de las dos reinas favoreciendo cada una intereses extraños y opuestos á los de sus allegados, da una idea de los manejos de que era teatro la cámara del moribundo monarca.

La reina María de Newberg fué el alma del partido austriaco, cuyos auxiliares más poderosos, además del embajador de Austria, conde de Harach, fueron el conde de Melgar, el consejero don Manuel Sira y el cardenal Portocarrero, el cual se convirtió despues en el partidario más decidido de la casa de Borbon. Esta camarilla, al tener noticia del primer testamento del rey en favor del príncipe José Fernando de Baviera (1), se propuso anularlo, y por fin la reina logró que se rompiera con el mismo secreto que se habia extendido, obteniendo de su augusto esposo la promesa de que llamaria al archiduque Cárlos, hijo segundo del emperador, á sucederle en la corona de España.

En tal estado se encontraba el asunto cuando se firmó el tratado de Ryswick (Octubre 1697): la tranquilidad en que dejó á la Europa, aunque fué de tan corta duracion como la vida del monarca español, dió espacio suficiente á los coberanos para fijar su atencion en España, donde de un momento á otro la muerte del rey podia romper el equilibrio de las potencias. Es de advertir que del primer testamento de que hemos hecho mencion, y cuya existencia es indudable, no se tenia sino una idea vaga. Redactado con la precaucion más misteriosa bajo la influencia de la reina madre, interesada en guardar el secreto más profundo; inutilizado despues con las mismas reservas por complacer á la reina María de Newberg, nadie tenia notiticia exacta de su contenido, y más dificultoso todavía era formar juicio exacto de las intenciones del monarca español, vacilante en medio de tan encontradas influencias. La opinion más generalizada, sin embargo, creia que el heredero de la corona de España seria un archiduque austriaco, y aquí el temor de las potencias: Francia veia amenazado su prestigio y su preponderancia en Europa; Holanda, como Inglaterra, temian perder su poder en las colonias. Luis XIV disimulaba su despecho ante la idea de ver pasar á manos de un enemigo el cetro ambicionado, que él no podia reclamar, habiendo de antemano renunciado á sus derechos.

En los momentos en que se desconfiaba más de encontrar una solucion satisfactoria que amalgamara los encontrados intereses que amenazaban conturbar la Europa por la sucesion de la corona de Castilla, surgió un proyecto, cuyo orígen se supone francés, por

(1) Le roi n'admit aucune condition qui tendit à agraver le malheur de ses hôtes: que Leurs Majestés etaient sous le poids de l'infortune et que elles etaient d'allieurs aimés tendrement de lui, et qu' à ce double titre elles n'eu pouraiant être trop près.—Hist. de Louis XIV.

(1) Este testamento, de que no hace mencion el señor Lafuente, se cree que fué hecho en 1696.

más que no pueda asegurarse quién fuera su autor (1); pero lo cierto es que el proyecto era atrevido, y que Mr. de Torcy fué el encargado de presentarle bajo la mayor reserva á Guillermo III, y su resultado fue que en 1698 la Inglaterra, la Holanda y Francia repartieron en el Haya la monarquía española, que áun no estaba vacante. En esta particion, al jóven príncipe bávaro (á quien se ignoraba que por el testamento anulado habia Cárlos II instituido su heredero universal) se le adjudicaba la España, los Países Bajos y las Indias Occidentales; el delfin de Francia recibia Nápoles, Sicilia, la provincia de Guipúzcoa y el marquesado de Final, y el archiduque de Austria el Milanesado. Las tres potencias signatarias del pacto del Haya, se convenian entre sí para obligar hasta con las armas á que Austria y Baviera aceptaran el reparto. El rey de Inglaterra fué el encargado de exigir el consentimiento al emperador, el cual se mostró indignado del proceder de las potencias marítimas, negociadoras del pacto, y le negó su consentimiento.

En Madrid fué grande la irritacion que causó la noticia del pacto del Haya, al ver cómo las potencias disponian á su placer de la monarquía. El rey se quejó con amargura al de Inglaterra por medio del embajador Canales, de la ofensa que se le hacia, disponiendo de lo que á él sólo correspondia por legítimo derecho. El pueblo protestaba, como la corte, contra tanta arbitrariedad; y Oropesa aprovechaba lo favorable de las circunstancias y de las disposiciones que el rey habia manifestado en algun tiempo favorables al inocente príncipe de Baviera, para decidirle á que le reconociera por su heredero universal. El rey, accediendo á las instancias del conde de Oropesa, consultó letrados y juristas, los que, haciéndose eco de la opinion dominante en aquellos momentos, declararon que el jóven príncipe José Fernando de Baviera era el aspirante de mejor derecho: Cárlos II, dominado por la presion que sobre él se ejercia, dictó un nuevo testamento, abandonando toda su sucesion al príncipe bávaro.

Cuando en Viena se tuvo noticia de esta decision del rey de España, que instituia en heredero universal al hijo del elector de Baviera, el emperador, que ya se creia perjudicado en sus derechos por el pacto del Haya, y eso que acordaba para su hijo el Milanesado, protestó con mayor energía contra el flamante testamento de Cárlos II, que le excluia por completo. Esta actitud del emperador acabó de irritar el carácter activo de los españoles, y en vista de tanta maquinacion, el pueblo se disponia á aceptar gustoso por su soberano, á aquel á quien el monarca instituyera libremente por su heredero.

El partido francés, como la corte de Versalles, pareció que se conformaban con la disposicion testamentaria de Cárlos II, y no salieron de su reserva, dándose por satisfechos con haber alejado al rival más peligroso, puesto que con la actitud del imperio se habia roto la armonía entre la corte de Madrid y la de Viena.

Pero todos estos accidentes pasaron, y se desvaneció su importancia como un fuego fátuo, pues pocos meses despues de estar instituido heredero universal de todos los dominios españoles el jóven príncipe José Fernando Leopoldo de Baviera, murió en Bruselas (8 de Febrero de 1699), cuando apenas contaria seis años. Sin emitir opinion sobre una muerte tan repentina que por las circunstancias se presta tanto á sospechas fatídicas, y que era tan favorable para sostener el pacto del Haya como para el logro de los deseos de la casa de Austria, la muerte del príncipe dió lugar á nuevas modificaciones y nuevas intrigas.

De todos modos, este acontecimiento que parecia complicar la cuestion, acabó con las esperanzas de un partido, y los términos del problema á resolver quedaban reducidos á Viena y á París.

El partido francés habia sido naturalmente poco numeroso durante la guerra, entre los cortesanos de Madrid; pero despues de la paz de Ryswick, la corte de Versalles se dió buena maña para ir conquistando el afecto del pueblo y la influencia de los grandes. El marqués d'Harcourt fué nombrado embajador de Francia en Madrid, y el de Casteldosrius fué á París con el mismo carácter, representando á España. Era el d'Harcourt hombre hábil y experimentado en los negocios, de un trato esmerado y de mucha esplendidez. A su llegada á Madrid fué recibido con gran frialdad, pues el conde de Farruch, embajador de Austria, que gozaba de extraordinaria influencia en la corte, y contaba además con el carácter dominante de la reina, propicia siempre al partido y á los intereses del imperio, tenia supeditado al rey; éste, careciendo de voluntad propia, no hizo la acogida más cordial al enviado de Luis XIV; pero no se dió por vencido el francés, y se propuso contrarestar la exclusiva dominacion austriaca que prevalecia en los consejos de Madrid. Con grandes sumas á su disposicion, y autorizado por su soberano, Mr. d'Harcourt empezó por obsequiar con exquisita delicadeza y mucha esplendidez á los grandes de la corte, distinguiéndose con especialidad por su atencion con aquellos ménos afectos á la casa de Borbon; y bien pronto, con la finura de su trato y sus distinguidos modales, logró atraerse las simpatías de la generalidad, que notaban la gran diferencia que existia entre el amable embajador francés y el altanero austriaco; diferencia que resaltaba todavía más entre el orgullo de la mujer del conde de Harrach y la exquisita finura de Mad. d'Harcourt. Así los embajadores franceses se conquistaron el afecto de las damas y de los señores de la corte, y hasta la reina tuvo un momento de vacilacion en favor de la dinastía de Borbon.

El hábil embajador la hizo entrever la posibilidad de su enlace con el Delfin de Francia, á la muerte próxima de Cárlos II, y luégo que el duque d'Anjou ocupara el sólio español. Pero aunque la idea de reinar en Francia algun dia no dejara de halagar á la reina María, sus disposiciones en favor de los Borbones fueron de poca duracion. La causa de Francia ganaba, sin embargo, terreno cada dia, y las mismas exigencias diarias del embajador Harrach llegaron á fatigar al pusilánime rey, que esquivaba verle á pesar de su natural inclinacion á la casa de Austria, por lo que le acongojaba el diplomático aleman con sus conversaciones continuas sobre la herencia y los pretendientes de mejor derecho. La altivez de Mr. Harrach ante el desvío del rey se dió por sentida, y se retiró á Viena. Entónces el embajador francés quedó en una situacion más despejada, pues el hijo de Mr. de Harrach, que reemplazó á su padre con las mismas condiciones de orgullo y altivez y con la misma aspereza de carácter, carecia de la experiencia y del tacto necesario para hacer de él un adversario temible, siendo este uno de los accidentes más favorables á las miras de Luis XIV.

(Se concluirá.)

MANUEL CASTRO.

(1) Se cree fué el marqués de Torcy, ministro de Luis XIV.

ALEGORÍA DE LA MÚSICA.

El bellísimo dibujo que publicamos en la pág. 393, es fiel copia de una de esas magníficas obras de arte con que el Excmo. señor marqués de Portugalete ha enriquecido el suntuoso palacio que acaba de construirse en las inmediaciones de la puerta de Alcalá.

Representa el techo de uno de los gabinetes laterales del gran salon de baile del citado palacio, y es debido al brillante pincel del señor Rosales, el laureado autor del cuadro que se conoce en los anales del arte con el título de *Testamento de Isabel la Católica*.

El asunto no puede ser más poético ni más propio del lugar que ocupa.

Es una alegoría de la música: un genio desciende del espacio, y una musa escucha arrodillada las inspiraciones del alado mensajero, y se dispone á fijarlas, por medio de los signos, en un papiro; otra musa escucha las notas, y aparece en actitud de ejecutar en la lira que tiene entre sus manos la armonía suavísima que brota de los cielos.

Genios y atributos alusivos rodean á las dos figuras principales, que se reclinan indolentemente sobre grupos de azuladas y blancas nubes.

El distinguido artista ha hecho una obra bellísima, digna de su inspirado pincel, y digna tambien del opulento magnate que se va conquistando en nuestros dias el honroso dictado de protector de las bellas artes.

NUEVO ESCUDO DE ARMAS

DEL IMPERIO ALEMAN.

Tal es el primer dibujo de la pág. 396.

Los acontecimientos extraordinarios ocurridos en la guerra franco-alemana; las victorias gloriosas que alcanzaron repetidas veces las tropas federales, desde Forbach y Woerth hasta Sedan y París, no sólo han sido causa de que los hijos del Rhin hayan realizado la más halagüeña de sus aspiraciones, la humillacion de sus soberbios vecinos, sino que han servido para completar en breve tiempo, sin temor á los entorpecimientos cancillerescos, el grandioso proyecto concebido hace ya años por Guillermo I, y preparado, aunque lentamente, por su sabio ministro, el conde de Bismarck.

Alemania es una, y todos los reinos y ducados de la antigua Germania, que hasta ahora formaban Estados independientes, han contribuido á levantar de el ya olvidado imperio de Alemania, cubriendo con el manto de los Césares á Guillermo I, el afortunado vencedor en Sedan.

Por eso el nuevo imperio ha adoptado ahora el escudo de armas que representa nuestro dibujo, en el cual se observa sobre la altiva cabeza del águila negra la gloriosa corona de hierro de los antiguos emperadores germánicos.

LA CRUZ ROJA.

Ofrecemos á nuestros suscritores en la pág. 388 un lindísimo grabado, que nos recuerda los actos de caridad que se han ejercido en la nacion vecina durante la última y encarnizada lucha.

Nuestro dibujo representa una *Hermana de la Cruz roja*, asociacion que se componia de señoras inglesas, con el fin de prestar socorro por sí mismas á los infelices heridos.

Vestian un traje blanco, tan gracioso como sencillo, sin otro adorno que una cruz encarnada en la manga que cubria el brazo izquierdo, y la tierna solicitud con que al propio tiempo que restañaban la sangre dirigian á los heridos palabras de consolacion, llevando la conformidad á sus corazones, daba mayor realce á la sublime mision que desempeñaban.

Nada más poético y tierno como ver á esas señoras abandonar las comodidades de sus casas para dedicarse en un país extraño á ejercer actos de caridad, á costa de privaciones é incomodidades.

Donde quiera que habia lágrimas que enjugar, enfermos que asistir en sus dolencias, ó moribundos que auxiliar en su agonía, allí ondeaba la bandera de la *Cruz roja*, allí estaban las señoras asociadas á tan filantrópica hermandad, socorriendo á cada uno segun sus necesidades.

EXCAVACIONES EN LA ANTIGUA IRUÑA.

Recibe el nombre de *Iruña* un despoblado con notables ruinas de una ciudad ó poblacion antigua, en una elevada colonia, que se halla en la provincia de Álava, á unas dos leguas al Oeste de Vitoria. Corresponde á la hermandad del mismo nombre, y perteneció al priorato de la Órden de San Juan, encomienda de Búrgos-Buradon, cuyo comendador la conferia. Esta encomienda, segun la Academia de la Historia, se conoció en lo antiguo con el nombre de *Irunya*, y Rodrigo Alfonso de Logroño asistió como comendador de Vallejo é Iruña á la Asamblea de la Órden de San Juan, celebrada en Zaragoza el 12 de Marzo de 1332, y á las de 8 de Julio y 25 de Setiembre del año siguiente, como consta del libro tercero de actas particulares de la Castellanía de Amposta en Zaragoza. Se conservan en el mismo sitio los restos de una iglesia gótica con su torrecilla separada, que pertenecia á dicho priorato, con sacramento y pila bautismal, en la que celebraba misa todos los dias festivos un freire de la Órden. Además existia últimamente una casa y un mal edificio llamado hospital, y una ermita próxima á la iglesia perteneciente al lugar de Trespuentes. Hoy

CRISTINA NILSSON.

MADRID.—TECHO PINTADO POR DON EDUARDO ROSALES PARA UN GABINETE DEL PALACIO DEL MARQUES DE PORTUGALETE (pág. 391.)

no se ven más que ruinas; y cuando se verificaron excavaciones en Iruña en 1866, que son de las que vamos á ocuparnos aquí, estaba todo en el más lamentable estado.

Fué célebre en lo antiguo el pueblo de Iruña, voz vascongada, que vale tanto como Villabuena, y sin embargo de haber sido un pueblo enteramente romano, como lo acreditan los vestigios de edificios arruinados, inscripciones y monedas, nuestros historiadores no hacen memoria de él, y los naturales del país que se dedicaron á escribir su historia, adelantaron muy poco en esta materia, y áun escribieron con grande incertidumbre, generalidad y confusion. Áun hoy se conservan las ruinas de sus murallas, elevadas en algunas partes hasta la altura de ocho ó diez piés, y en la argamasa con que están hechas se conoce con evidencia que es obra de romanos.

Á falta de estátuas se hallan con abundancia en todo el distrito de Iruña, muy fértil y reducido á heredades de pan llevar, monedas romanas de todos tiempos, séries y metales, muchos mármoles de diferentes especies, cornisas, pilastras de lo mismo y de alabastro blanco, muchos cascos de vajilla antigua de Sagunto, abundancia de piedrecitas cuadradas sueltas, que seguramente han sido de pavimentos mosáicos, y varias inscripciones, que no citamos por no permitirlo los estrechos límites de que disponemos.

Á Iruña convienen exactamente las distancias señaladas por Antonino á Beleia, cuyas circunstancias y las indicadas antigüedades romanas parecen demostrar este punto, mayormente despues que se descubrieron vestigios de la antigua vía militar en todo este territorio. Desde Deobriga hasta Beleia señala Antonino quince millas, ó tres leguas y tres cuartos de distancia, las mismas que hay desde las inmediaciones de Salcedo, Bayas y Quintanilla, donde situamos á Deobriga, porque medido con cuerda el camino que hay desde Arce, pueblo inmediato á aquellos, hasta Iruña, se halló cabalmente la distancia de 80.000 piés, que hacen sólo una milla más del itinerario. Desde Arce continúan los vestigios del camino romano en la Corzanilla, en donde hay un trozo bien conservado. Desde allí sigue á Estabillo por un camino bastante ancho, en que tambien se notan algunos trozos y vestigios. En este mismo pueblo da una revuelta, atravesándole todo con bastante arte para hacer suave la otra que toma hasta pasar una gran cuesta inmediata á dicho pueblo.

El camino sigue por la parte oriental de la villa de la Puebla, y sube por una cañada hasta la cima del monte, y despues toma suavemente la bajada hasta la venta llamada Melchora; y desde allí, por las orillas del rio Zadorra, en donde se conserva un trozo, va á dar á Iruña. Esta ruta desde Arce hasta la venta de Melchora ha servido de camino real hasta principios de este siglo, así para caballerías como para todo género de ruedas. Despues se dejó de usar cuando se compuso el que llaman de las Conchas, que es un estrecho entre dos peñas por donde pasa el rio Zadorra.

Al reorganizarse en 1866 la Comision de Monumentos históricos y artísticos de la provincia de Álava, determinó su presidente, don Florencio Janer, emprender con los individuos de la misma un reconocimiento en las ruinas de Iruña. La tradicion y la historia del país las han considerado siempre como de una antigua poblacion romana; pero por una singular casualidad, en ninguna época se habian hecho en ella excavaciones ó trabajos para descubrir las curiosidades de tiempos remotísimos que, á no dudarlo, deben encerrar. Al girar el reconocimiento indicado, la Comision pudo adquirir el convencimiento de la importancia de la poblacion que un dia allí existiera, por la extension de los trozos de muralla que áun se sostienen, alcanzando en algunos puntos hasta 14 piés de grueso, á pesar de haber aprovechado los aldeanos de aquella comarca, en el trascurso de los siglos, toda la piedra que para sus construcciones ó cercas necesitaron.—Existe tambien en el centro de estas ruinas una capilla medio derruida, que perteneció á los caballeros de la Órden de San Juan, notable por su arquitectura bizantina.

De las excavaciones verificadas por el señor Janer se obtuvieron diversos objetos, á saber: numerosos fragmentos de vasos italo-griegos, de finísima arcilla, con adornos de la época romana; un aro de metal que pudo formar parte de un azadon ú otro instrumento agrícola; una punta de espada ó sable; clavos antiguos y sumamente enmohecidos; una llave tambien romana; dos argollas; un trozo de cadena de cuatro eslavones; un hierro de lanza ó acaso cuchillo para sacrificios; goznes y otros objetos. Se descubrió tambien, á poco más de un metro de profundidad, un piso embaldosado de mármoles jaspeados oscuros y rojo-claros, que al parecer deberán ocupar una regular extension, y se hallaron además los dos siguientes fragmentos de inscripciones:

D
M P N
I M O . A
V I B V
O . D A
O N I S . V
T O N I V

A / F
4 O C
M I N
+

Tambien se recogieron varios huesos fósiles de respetable antigüedad, para que pudiesen servir de estudio á los naturalistas, y contribuir á fijar la época de las ruinas y de los moradores de Iruña; pero desgraciadamente todo se perdió. Armas y utensilios, inscripciones inéditas, huesos y fragmentos de jaspes, de mármoles y de vasos italo-griegos, todo fué trasladado á Vitoria y colocado cuidadosamente por la Comision provincial de Monumentos, en cajas cubiertas de alambreras, para su conservacion y fácil estudio. Del resultado de las excavaciones se dió cuenta á las Academias de la Historia y de Nobles Artes de San Fernando, que vieron con notable satisfaccion el celo de la Comision alavesa. Sin embargo, tan venerandos restos, que habian sido respetados entre las ruinas de Iruña por la mano de los hombres y la inclemencia de los tiempos, no lo fueron en el Gobierno de provincia de Vitoria, pues en el horroroso incendio que el 4 de Junio de 1867 consumió el edificio del gobierno civil, con sus archivos y oficinas, perecieron tambien entre las llamas todas las preciosas antigüedades recogidas en las excavaciones. Afortunadamente se habian tomado de los mismos exactos dibujos, y hoy podemos reproducirlos en las páginas de este periódico, salvándolas de la oscuridad á que fueron reducidas por los escombros que en breves horas amontonó el memorable incendio de la casa de Gobierno de Vitoria.

El dia en que se verifiquen nuevas excavaciones, los resultados serán no ménos satisfactorios. Todos los escritores han ponderado las grandezas de sus ruinas; pero hasta el año de 1866 nadie habia pensado en hacer excavaciones. Su nombre continúa oculto por ahora: pero nuevas excavaciones nos darian mayor luz sobre los antiguos habitantes de Iruña. ¿Seria lo más acertado fijar allí la mansion Soussatio del itinerario, pues allí llevan las distancias y los restos del camino de España á la Guitania, ó séase de Astorga á Burdeos? Si se coloca á Beleia cerca de Estavillo, frente á Quintanilla y Rebellosa, en Iruña se cumplen las trece millas que señala el itinerario. Y si en Alegría estuvo Tullonio, no va tampoco descaminado suponer á Soussatio en Iruña, áun cuando parece que en las millas del itinerario hay el fácil error de poner VII en vez de XII.

F.

CRISTINA NILSSON.

¿Será verdad que los *dilletantis* madrileños abrigan la esperanza de asistir, en el próximo año teatral, á la aparicion de Cristina Nilsson en la escena del teatro de la Opera?

¿Será verdad que los antiguos abonados al primer coliseo de la corte pretenden contar con una solemne promesa del inteligente empresario?

Lo ignoramos; pero basta ya que circulen semejantes rumores para que La Ilustracion Española y Americana publique el excelente retrato de la página 392 y algunos breves apuntes biográficos relativos á la bella y elegante *diva*.

En la pequeña aldea de Hussaby, situada entre las pintorescas montañas de Smaland (Suecia), nació Cristina Nilsson.

Su padre, Cárlos Nilsson, era un pobre arrendatario de algunas tierras que estaban enclavadas en el condado de Hamilton; pero su grande pasion por la música y los no escasos conocimientos que poseia del divino arte, le elevaron en 1843 á la categoría de jefe... de los coristas de la iglesia del distrito.

Él se encargó directamente de la educacion de Cristina, y bien pronto descubrió en la voz de la niña un delicioso torrente de encantadoras armonías, y lo que era más positivo (en la acepcion *de actualidad* de la palabra), una riquísima é inagotable mina de oro.

Casi niña era aún la rubia y hermosa hija del pobre arrendatario, cuando cantó por primera vez ante un público ilustrado—que tal podia llamarse el que asistia á los conciertos y reuniones que se celebraban en el palacio de la espléndida baronesa de Lenhussen.

Allí recibió tambien los primeros aplausos, y fué decidido que la niña pasase á Stockolmo, en cuya capital existian excelentes profesores, á fin de que recibiese una esmerada educacion musical bajo la direccion de M. Franz Berwall, gran compositor y maestro de canto.

Al poco tiempo, una hermana de la noble baronesa de Lenhussen, que amaba entrañablemente á la jóven Cristina, se vió obligada á ir á París, y no tuvo reparo en invitar á ésta para que la acompañase.

Cristina aceptó, y bien pronto resonó en el mundo el nombre de la *diva*.

Perfeccionada su educacion musical, la jóven cantante apareció por primera vez en la escena del teatro lírico, hácia mediados de Octubre de 1864, desempeñando el papel de Violeta en *Traviata*: no logró el éxito superior que ambicionaba, y áun hubo algunos periódicos artísticos que censuraron bien severamente á la jóven cantante sueca; pero en el mes de Febrero del año siguiente hizo el papel de Astrifiamante en *Il Flauto Mágico*, causando un verdadero *furore* entre los inteligentes *amateurs* del teatro lírico.

Martha, *Sardanapalus*, *Les Bluets* (francesa), y *Don Giovanni*, fueron interpretadas sucesivamente por la ya afamada artista, y en las cuatro conquistó brillantísimos laureles.

En 1867 apareció en el teatro de la Reina de Lóndres, haciendo su *debut*, lo mismo que en París, en la *Traviata*, ópera que habia vuelto á estudiar concienzudamente bajo la direccion de M. Delle Sedie, profesor del Conservatorio francés, logrando un éxito admirable.

Cantó luégo el *Judas Macabeus* en el solemne *festival* de Birmingham, y fué ajustada, con un sueldo considerable, para cantar en el gran *festival* de Handel, en el Palacio de Cristal.

La reputacion de Cristina Nilsson fué en prodigioso aumento, y los principales teatros del mundo se disputan á la bella y afamada *diva*.

No hace mucho tiempo que los neo-yorkinos se entusiasmaron con las dulces notas que salen de la garganta de la Nilsson á guisa de torrentes de armonía, hasta el punto de que la afortunada cantante recogió, en la noche de su beneficio, una fabulosa cantidad de miles de *dollards*.

Un eclipse momentáneo, si así podemos expresarnos, padeció en cierta ocasion la voz suavísima de la *diva*: cantaba ésta *Le Nozze de Figaro*, desempeñando magistralmente el difícil papel de Condesa, y de repente se quedó sin voz.

Y la ronquera fué tan pertinaz, que diferentes periódicos anunciaron que Cristina Nilsson habia desaparecido para siempre de la escena lírica: no fué así en verdad, porque á los pocos meses reapareció en Lóndres cantando nuevamente la misma ópera, *Le Nozze de Figaro*.

Tal es, en breves palabras, la biografía de Cristina Nilsson.

¿La aplaudiremos los madrileños, como se murmura *sotto voce*, en el ya cercano año teatral?

Esta pregunta es un logogrifo, que sólo puede descifrar el empresario del teatro de la Ópera.—X.

LA FE DEL AMOR.

NOVELA

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

XXXVII.

LA COMPASION, LA CARIDAD Y LA JUSTICIA.

(*Continuacion.*)

—¡Oh! ¡bien, bien: gracias! le dijo Elena asiéndole las dos manos: ¡tú nos has adivinado!

Y luégo, acercándose al oido de Enrique, le dijo con un acento infinito:

—Yo te adoro.

En cuanto á Ángeles, abrazó á su sobrino y le besó conmovida.

Gabriela estaba en el lecho, y atada.

Habia sido necesario esto.

Su acceso, en vez de calmarse, se habia exacerbado.

Las criadas no se apartaban de ella.

El médico y el cura estaban allí.

Al ver Gabriela á Elena, se estremeció.

Hizo un esfuerzo, levantó la cabeza, ya que no podia incorporarse, y exclamó:

—¡Oh! ¡perdon, perdon! ¡yo te he he aborrecido, Elena. ¡Yo he deseado tu muerte! tú lo sabias, y tú vienes en mi socorro: ¡tú eres un ángel de caridad!

—¡Ah! silencio, exclamó el médico del pueblo:—no está loca; yo he confundido con la locura un paroxismo del dolor y de la desesperacion; pero que no se sepa esto: calladlo todos, por caridad. Ustedes, señores,—añadió dirigiéndose á Ángeles, á Elena y á Enrique,—pueden ocultar la verdad á la justicia, que por su parte no tendrá que hacer grandes esfuerzos para cerrar los ojos; y los otros aquí presentes callarán tambien. Pero la traslacion cuanto ántes; que cuanto ántes Gabriela esté oculta donde no puedan verla más que ojos caritativos.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias, en nombre de mis hijos! en cuanto á mí, nada importa todo: Dios me castiga.

El paroxismo de Gabriela habia pasado.

Tal vez habia sido para ella la causa de una poderosa reaccion la vista de Elena.

Los médicos la reconocieron.

Tenia fiebre.

Pero aquel estado anormal, que habian confundido con la locura, habia cesado.

Se la desató.

Gabriela pidió la llevasen sus hijos.

Se los llevaron, se incorporó en el lecho, los abrazó á los dos y lloró largamente, uniendo los semblantes de los dos pequeños al suyo, y entre sus sollozos se la oia decir:

—¡Hijos mios; hijos de mi alma! ¿por qué ha de caer sobre vosotros la culpa de vuestra madre?

XXXVIII.

PRINCIPIO DE DESENLACE.

La traslacion se hizo al momento.

Ángeles y Elena, con Gabriela y una de las mozas más robustas de la huerta, destinada á sujetar á Gabriela, si era necesario, entraron en uno de los coches.

En aquel coche tambien iban los dos niños de Gabriela, en brazos de la moza el uno, en brazos de Elena el otro, y espantados los pobrecillos.

Sus miradas erraban vagas y atónitas de su madre á las otras dos señoras que no conocian.

Gabriela estaba pálida y descompuesta; pero no tan descompuesta como en los primeros momentos de su paroxismo.

Habia vuelto á aparecer bella, y más bella tal vez que nunca, con su densa palidez, su abatimiento y su dolor.

De tiempo en tiempo pasaba á lo largo de su cuerpo un estremecimiento poderoso.

Á veces se la sentia tiritar de frio.

Con mucha frecuencia fijaba una mirada ansiosa y desesperada en sus hijos, é inmediatamente sus ojos se llenaban de lágrimas.

Alguna vez aparecia en sus ojos una expresion de delirio, de espanto, una especie de desencajamiento espantoso en su semblante.

Sus ojos se fijaban en un punto dado, como si abarcasen un objeto terrible y espantoso, y murmuraba casi de una manera ininteligible.

—¡Ah, vieja avara, vieja maldita! Yo no, yo no tuve la culpa, yo no lo sabia, yo no lo podia prever; esta ha sido una venganza horrible. Sí, sí, una venganza horrible. Mis hijos... mis hijos...

Y despues de esta pasajera ráfaga de locura, volvia á caer en un abatimiento conmovedor.

Elena se sentia mal.

La rodeaba una especie de atmósfera de crímen y de remordimiento; y aunque ella nada tenia de comun con aquella situacion, sentia su influencia siniestra.

Ángeles se encontraba en el mismo caso.

Aquella inmensa desgracia la oprimia el corazon, que se deshacia en caridad; pero en una caridad impotente.

No hay nada que pueda invalidar las consecuencias del crímen.

El crímen es un mónstruo que devora á los que se acercan á él.

En esta situacion penosa, el convoy, esto es, los carruajes, llegaron á la casa del marqués de Torrenegra.

Inmediatamente Gabriela fué puesta en un lecho, en una bella habitacion que correspondia al jardin.

Frente al lecho que ocupó Gabriela, habia otro lecho que se destinó á sus hijos.

Aquél era el dormitorio comun de Elena y de Ángeles, y pertenecia al cuarto de Elena.

Se llevaron otros dos lechos para las dos criadas de Gabriela, que no debian separarse de ella.

Allí no debian entrar más que Ángeles, Elena, Enrique y los dos médicos.

Ninguno de los de la servidumbre del marqués debia penetrar allí.

Ninguno de ellos sabia quién era la señora que con sus dos hijos se hospedaba en casa del marqués.

Gabriela estaba perfectamente á cubierto.

Pero Elena y Ángeles, en vez de un enfermo que cuidar, tenian dos; y los dos graves, los dos locos, los dos devorados por el remordimiento.

Sabemos cuál era el de Gabriela; pero no sabemos aún cuál era el del marqués.

Éste habia visto á Elena, se habia conmovido á su vista, la habia llamado su sobrina, la habia abrazado, la habia besado llorando; pero habia guardado la historia de aquel parentesco; la historia, sin duda, de aquel remordimiento, por el que aparecia devorado el viejo marqués de Torrenegra.

Excitado por Ángeles, habia dicho:

—¿Para qué una dolorosa confesion inútil? Faltan de todo punto las pruebas. Esas pruebas las tenia el cirujano comadron que se encargó de Elena: debieron quedar en poder de su hermana; pero al asesinarla la robaron, y el ladron se ha llevado sin duda esas pruebas y las ha destruido. Hasta cierto punto, no importa; yo la reconozco como mi sobrina. Para mí la prueba está clara, evidente; y esa evidencia mia basta para que todos la reconozcamos como de nuestra familia, para que el enlace de Elena y de Enrique se efectúe; sólo que no habrá necesidad de dispensa, porque Elena, si Dios no desentierra esas pruebas, pasará siempre como hija de aquel buen hombre. Es lástima, sin embargo, que no se pueda probar la legitimidad de Elena; mi dicho de nada serviria, y Elena no podrá entrar en posesion del título y de los Estados del ducado de la Granja, que le corresponden de derecho.

Y el marqués, al decir esto, se conmovia profundamente, y lloraba cuando no recaia, por consecuencia de estos pensamientos, en un acceso de locura.

Ángeles se esforzaba en vano por hacer hablar al marqués.

—No, no, decia; sin las pruebas todo es inútil. Además de esto, seria dar un gravísimo escándalo; habria que contar con Mariquita (Mariquita era la duquesa de la Granja), y Mariquita es una miserable; ha perdido el corazon, y con el corazon la vergüenza: Dios la ha castigado. Era hermosa y se ha puesto amojamada, curtida y fea como un diablo. Gracias al albayalde, y al carmin, y á la peluca, y á los dientes postizos, y á los rehenchidos. Despojada de estos auxiliares, Mariquita debe ser la imágen perfecta de la bruja más querida del diablo.

En sus buenos tiempos, el marqués de Torrenegra habia sido hombre de buen humor; y como se ve, á pesar de su terrible estado, algunas veces las palabras del marqués tenian un tinte de ligereza y de gracejo.

Desde que el marqués de Torrenegra habia caido en aquel grave estado, mejor dicho, desde que Elena habia entrado en su casa, la duquesa de la Granja, que ántes sólo iba á ella muy de tiempo en tiempo, y por sostener un viso de relaciones con su familia, se habia hecho asídua.

Mientras Ángeles estaba delante, la conversacion era seca y violenta; pero Ángeles siempre, á pretexto de quehaceres, se retiraba de intento y se ponia á escuchar.

Esto era disculpable, en gracia del motivo y por el interés de Elena; pero Ángeles no conseguia nada: la duquesa y el marqués hablaban muy bajo, aunque de una manera muy agitada; lo que demostraba la importancia de la conversacion.

Ángeles estaba muy sobreaviso, y sin que Elena lo supiese, la rodeaba de precauciones.

Ángeles tenia una gran confianza en el cocinero y en los viejos criados de la casa.

Habia comprendido la situacion, esto es, que la duquesa de la Granja conocia, como el marqués de Torrenegra, el misterio del origen de Elena; que existian pruebas, por las cuales Elena podia ser reconocida como heredera legítima del duque de la Granja, y que por lo tanto la duquesa tenia un gravísimo interés en hacer imposible se la desposeyese de su título y de sus rentas.

Ángeles creia capaz de todo á la duquesa.

Pero, lo repetimos, tenia una justa y ciega confianza en el cocinero y en los criados viejos, y sólo estos viejos criados servian la mesa y servian á Elena y á Ángeles.

Los demás, los nuevos, los que no estaban pagados, nada podian hacer.

Lo mismo podia decirse del servicio de carruajes.

Nunca ocupaban Elena ó el marqués uno, sin que llevase las riendas un viejo cochero, tambien de absoluta confianza.

Ángeles tenia la imaginacion muy viva, y habia previsto cuantas formas puede tomar el asesinato.

Esta era una vida verdaderamente horrible y extraordinariamente fatigosa.

Una vida de vigilancia continua.

Ángeles sentia el paso del crimen al rededor de Elena, al rededor de su tio, y procuraba evitar este crímen por él mismo; y por evitar la mancha que podia caer sobre la familia, se abstenia de garantirse con la accion de las leyes.

Á Ángeles la hubiera sido muy fácil tender un lazo á la duquesa, hacerla caer en él é inutilizarla; pero esto hubiera sido hacer caer sobre la familia el deshonor.

Esta ruda lucha, constantemente sostenida, habia acabado por resentir la organizacion de Ángeles, por el misterio que envolvia el paradero de aquellas preciosas pruebas.

Pero el descubrimiento de la responsabilidad del Pintado por el crímen de la Enramadilla, el encuentro de aquellas antiguas alhajas de familia en que tal vez se contenia la prueba deseada, dilató con una con-

soladora esperanza el alma de Ángeles.

Comunicó aquella esperanza al marqués de Torrenegra y á Enrique; y Enrique entónces, como ántes, se prestó á ser el intermediario para con el juez.

Éste era un hombre honrado y severo; y cuando Enrique le habló, le dijo:

—Amigo mio, yo me intereso casi tanto como usted por la causa de esa jóven. Me obliga además la noble confianza con que usted me trata; pero yo no puedo romper el sigilo del sumario; este sumario es largo y difícil, porque nos las habemos con un hombre firme, duro y sagaz. Yo no puedo decir á usted nada, ni procurarle á usted el exámen de los cuerpos de delito unidos al proceso: he hecho más que lo que debia en obsequio de usted, cerrando los ojos y pasando por alto, respecto á la desventurada mujer del acusado; y he hecho esto, porque aunque ella haya sido, por su deplorable é insensata conducta, la causa moral del crimen, no es culpable del crimen. Siempre queda algo de arbitrario á la conciencia de un juez, y yo he exagerado ese algo, confiando á usted esa señora, que con arreglo á derecho he debido poner en observacion en una casa de locos y en calidad de detenida, á disposicion de la justicia. No me pida usted más. Comprendo el vivísimo interés de usted, y me seria muy doloroso negarme redondamente. Esperemos; tal vez... ¿quién sabe?...

Y el juez sonrió de una manera que fué una explicacion para Enrique.

Vió claro en aquella sonrisa que el juez habia encontrado algo que podria servir de prueba.

Así pues, Ángeles y Enrique esperaron ansiosos la terminacion del sumario.

(Se continuará.)

ALEMANIA.—NUEVO ESCUDO DE ARMAS DEL IMPERIO (pág. 391).

CATÁSTROFE DE FORBACH.

En la tarde del 16 de Julio, llegaba á Forbach un tren que conducia á Metz unos 1.200 soldados hannoverianos.

El conductor del tren, al penetrar en la estacion de Forbach, no observa las señales que repetidas veces se le hacen, y una máquina de maniobras, que rodaba por la misma via, y en sentido inverso, se encuentra de repente con el tren militar.

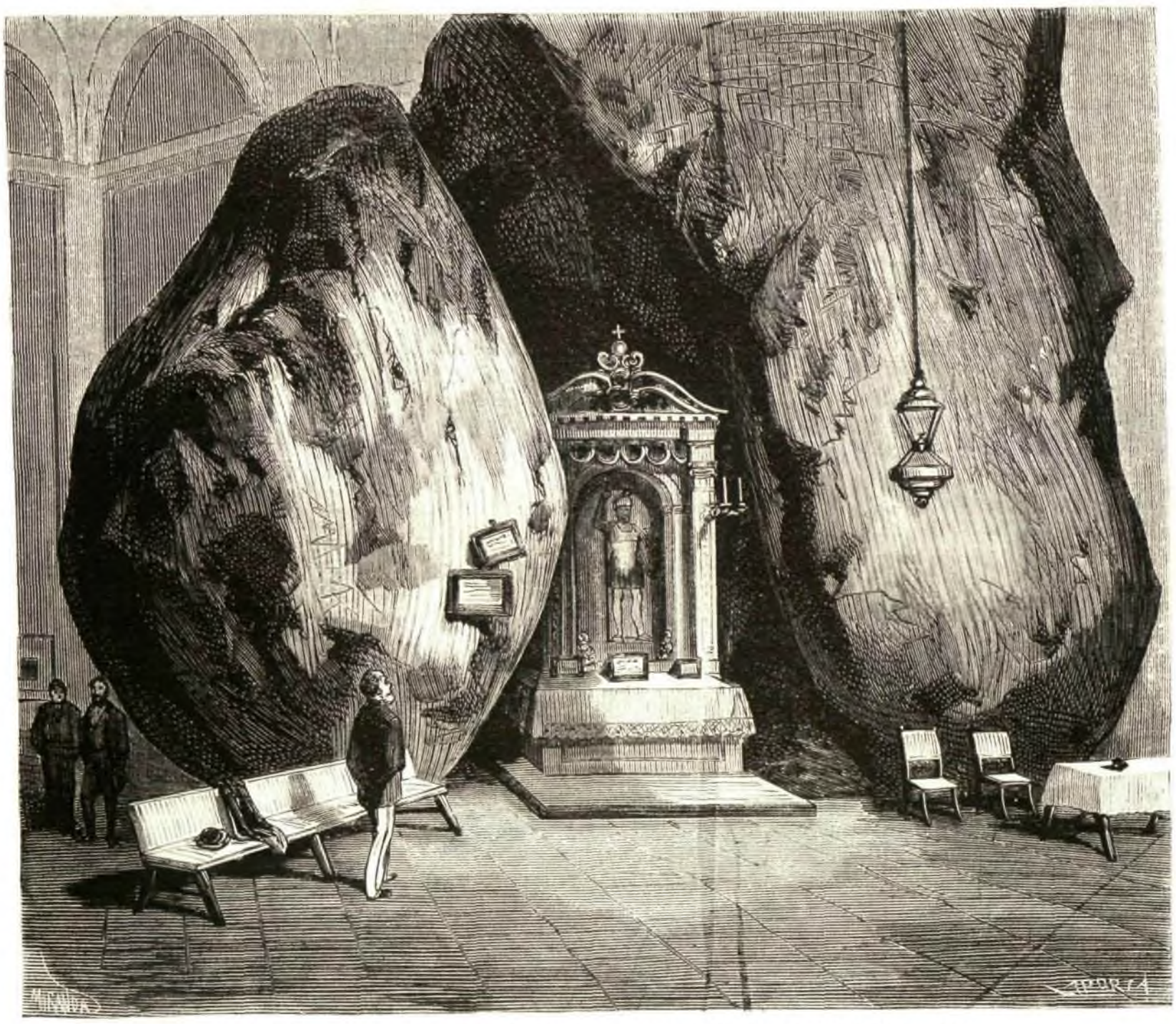
El choque fué espantoso y sangriento, y más de 60 heridos y 11 muertos se contaron

ALSACIA.—CHOQUE DE DOS TRENES PRUSIANOS EN LA ESTACION DE FORBACH.

desde los primeros instantes.

Al ver llegar el tren, la poblacion gritaba:—¡Viva la Francia!—creyendo que en él venian prisioneros franceses, á manera de manifestacion antiprusiana; pero cuando ocurre la catástrofe, los habitantes reconocen su error, y como los hannoverianos se figurasen que el choque ha sido preparado intencionalmente, maltratan á aquellos, y llevan su cólera hasta el extremo de querer incendiar la estacion.

El grabado de la pág. 396 es alusivo á este doloroso acontecimiento.



VIZCAYA.—MONUMENTO MEGALITICO DE SAN MIGUEL DE ARRECHINAGA (pág. 387).

EL FARO.

IMITACION DE UNA BALADA ALEMANA.

No teniendo, como dicen en mi tierra, oficio ni beneficio, me hice marinero. Pronto me cansé de la marina mercante, donde trabajan los hombres como negros de Guinea, sin otro porvenir que caerse un dia del palo mayor y romperse el cráneo; pero como no servia para otra cosa, decidí entrar en un barco de guerra. La marina real habia sido siempre mi sueño dorado. Quedábame algun dinero, y quise hacer la vida de señor, mientras se me presentaba acomodo. Tomé, pues, habitacion en una posada, cuyos balcones daban al mar; una de esas posadas de la marineria, que en Inglaterra, como en todas partes, parecen un casco viejo cubierto de algas y mariscos. Aunque aquel puerto era de los más concurridos del mundo, nuestra marina real sólo muy de tarde en tarde lo visitaba; como que entónces teniamos en junto cinco barcos, que se avergonzaban de ir á las costas de Inglaterra.

Á las dos semanas me presentó la cuenta el posadero. ¡Adios, vida vagabunda! me quedaban 10 chelines. Como hombre de honor tomé el partido prudente de confesar mis culpas al que me daba su pan por mi dinero, y el buen fondista me prestó liso, llano y de balde... un consejo parecido al que le dieron á Gil Blas en ocasion idéntica: que me ajustara en el primer barco que viniese.

Hablando estábamos en esto, cuando entró en la sala un viejecillo larguirucho, enclenque, antipático, y que parecia de muy mal humor.

—Ya se escapó otro, compadre, dijo al fondista; otro pájaro se escapó ya de la jaula. Parece mentira. ¡Tres en dos meses!

—¡Calle! exclamó volviéndose hácia mí el dueño de la posada. Ya teneis acomodo.

—¿De qué se trata? les pregunté con afectuosidad.

—Este caballero es el inspector del faro, honorable funcionario á quien el Almirantazgo aprecia mucho. Le acaba de abandonar su ayudante. ¿Quereis reemplazarle? Paréceme que os conviene ese empleo, pues si no me engaño, teneis alguna instruccion náutica, y el trabajo de abordo no os place mucho. El de allá, añadió señalando con la mano la torre que desde el balcon se veia; el de allá es aburrido, fastidioso para un inglés; pero para un español... ¿quién sabe?... es un trabajo que no hace trabajar.

Agradóme, en efecto, la proposicion, y como tenia mis papeles en regla y buena facha, quedé inmediatamente admitido. Por cierto que me chocó sobremanera que nadie pretendiese la plaza, pues en Inglaterra, como en todas partes, los buenos bocados tienen muchos golosos; y más me extrañó aún que mi jefe me exigiera hacer escritura por seis meses, pues estaba cansado de sufrir chascos todos los dias. Yo al pronto no acertaba á explicarme sus palabras. ¡Un destino de 500 reales al mes, buena y abundante comida, buena y abundante bebida, poco y fácil trabajo, y no tener pretendientes y exigirme escritura!... Aquello era el pais de Jauja para un español, como yo, que siempre habia creido á los ingleses bárbaros y extravagantes. Respondí que me comprometeria por seis años. El fondista soltó una carcajada estúpida, y el del faro se sonrió.

—Seis meses me bastan para prueba, dijo este último, adelantándome

ALAVA.—ARMAS Y UTENSILIOS ENCONTRADOS EN LAS EXCAVACIONES DE IRUÑA (pág. 391.)

dos libras á cuenta de mi sueldo bajo la garantía del fondista.

Por más esfuerzos de imaginacion que hice no pude explicarme la fuga de mis antecesores, y tuve que recurrir á la gran razon con que los tontos nos explicamos las cosas que nos parecen inexplicables en los demás, que es creerlos tontos á ellos.

Sin embargo, comprendiendo que podria fastidiarme soberanamente en el faro, compré la *Historia de Don Quijote*, aunque jamás ha sido mi fuerte la lectura, una baraja y un armonium, que yo habia aprendido á tocar en América...

Aquella misma mañana nos embarcamos el viejo y yo en direccion al faro. Era martes.

—En martes empiezas, me dijo un remero del bote.

—¿Qué me importa á mí, compadre? ¿eres tambien tú de los tontos que no hacen en martes nada?

Á las tres horas de navegacion desembarcamos. Lleváronse á la torre las provisiones que habíamos conducido, y el bote regresó al puerto.

—¡Qué buena vida voy á hacer aquí! decia yo tomando posesion del terreno. Tras tantos azares y aventuras como he corrido por el mundo, no logran todos los hombres un retiro tan agradable como este.

Era una peña viva de 25 varas cuadradas, en cuya cúspide se elevaba la torrecilla del faro, que tenia una altura considerable. El aparato de reflectores, ó sea el foco luminoso, se elevaba 38 metros sobre el nivel del mar. Cada piso era una habitacion. Las tres primeras servian de despensa; la cuarta de comedor; la quinta era mi dormitorio; la sexta el dormitorio de mi compañero, y la sétima la linterna. Eran exactamente camarotes de un barco, aunque ventilados y espaciosos, y mientras más los registraba, más creia hallarme á bordo. Hasta me parecia sentir algun balance, producido por el choque de las olas en sus paredes.

La única diferencia consistia en la falta de espacio para moverse, horizontalmente á lo ménos, que en el faro el único medio de hacer ejercicio era subir y bajar, cosa muy desagradable en una escalera de caracol, tan estrecha, que no podian cruzarse bien dos personas.

Pero nada de esto me pareció mal, gracias al adelanto de los diez duros y á mi cansancio de navegacion. Velar en una torre tan bien acondicionada, era mil veces preferible á estar de *cuarto* sobre el puente de un navío, combatido por los vientos, salpicado á veces por las olas, y siempre á pique de entregar el alma al Señor de un momento á otro. Buena cama, buena comida, buen sueldo, y por todo trabajo atizar de noche una lámpara tendido en un buen sillon... ¿Qué marinero no me hubiera envidiado? yo estaba contentísimo. Por primera vez dí á la fortuna el dulce nombre de amiga.

Pasó el primer dia muy agradablemente. Mi anciano compañero, que al principio me pareció tan antipático, era un buen inglés, pesado y fastidioso en lo tocante á su obligacion y al faro, eso sí, pero razonable en todas las demás circunstancias de la vida. Enseñóme con suma amabilidad las habitaciones que á nuestra disposicion teníamos, y al llegar á la linterna me explicó su objeto, su importancia y nuestros deberes, en un discurso de tres horas. Confieso que, aunque marinero, no habia comprendido hasta entónces toda la importancia de los faros, así como la inmensa responsabilidad de los que los dirigen; pero esto no fué parte á que dejara de parecerme la leccion de mi dómine un poco larga, y hasta imaginé que queria cargarme, como decimos en España, todo el mochuelo, todo lo mas pesado del oficio.

Despues, él se acostó y yo tambien. Sólo el hambre pudo despertarnos.

Al oscurecer subimos ambos á la linterna, donde me enseñó á encender y dirigir la luz. Como él hablaba ya muy poco, no me era agradable su compañía, ni me tocaba velar hasta la segunda mitad de la noche, bajé un rato á distraerme al comedor.

¡Distraerme! allí me esperaba la soledad, en quien no habia pensado hasta entónces. Por fortuna me acordé de mi *Don Quijote*, y como es un libro que siempre me hace desternillar de risa, se me pasaron algunas horas alegremente. Cansado al fin de leer, saqué mi caja de música y me puse á tocar. El majestuoso silencio de los mares, solamente interrumpido por los sonoros murmullos que penetraban por la entreabierta ventana, ponia en mis tocatas un tinte melancólico y salvaje que me agradó en gran manera; y así pasaron las restantes horas, hasta que, llegada la de mi guardia, cené opíparamente, encendí un cigarro puro, y subí á reemplazar á mi compañero.

Leyendo la Biblia le encontré, y esto me disgustó muchísimo, no porque yo critique á los que leen libros religiosos, sino porque eso de tener por toda sociedad un compañero insociable y beato me parecia una desgracia. Casi me arrepentí entónces de haber aceptado el empleo, pues el no tener más que una persona con quien hablar habia despertado en mí una locuacidad indecible. Debió el inglés conocerlo, porque cerró su libro, poniendo por señal los anteojos.

—¿No os fastidiais nunca en esta soledad? le pregunté por decir algo, venciendo la repugnancia que empezaba á inspirarme.

—Sí, me respondió con toda la calma y la gravedad inglesa; pero como en todas partes me fastidio y en todas estoy solo, lo mismo me dá. Aquí estoy con mi deber y mi conveniencia.

—Entónces, ¿podreis pasaros sin mi compañía? le repliqué un tanto ofendido, pues aunque él no me inspiraba afecto siquiera, mi alma se resentia de no inspirarle una amistad profunda. ¡Tan pequeño, tan egoista es el hombre!

—No lo tomeis á ofensa, repuso cortesmente; pero... Y me miraba con desconfianza, con ese reojo de los ingleses que es peor que un tiro.

—¡Yo tomarlo á ofensa!... Já, já, já.

Él tambien se echó á reir, y callamos.

Habia en aquel hombre un no sé qué de amargo, de desconsolador, de fastidioso, que influia en mi carácter á pesar mio. Comparándole con un buho, creo que me entenderán los españoles. No quise dar, sin embargo, rienda suelta á mi mal humor, y le hablé de mil y mil cosas, le conté mi historia, le referí mil anécdotas picantes de mujeres y borracheras; pero nada: impasible como una mómia, no me interrumpió una sola vez, y comprendí que mi locuacidad le era antipática.

Tras esto me repitió una por una sus lecciones sobre el modo de manejar la lámpara, y bajó á acostarse. Entónces me puse á pensar que era una cosa durísima, irritante, insoportable, que un hombre como yo, nacido en Andalucía, bautizado con manzanilla y repicado con castañuelas, sirviese de ayudante á un inglesote imbécil, seco como un esparto, ojihundido y que no sabia reirse de veras, en cosa tan mecánica y vil como despabilar una luz, é hice fervientes votos porque la fortuna me llevase pronto al lugar que indudablemente me tenia destinado en algun mundo donde no se trabajara y hubiera buenas muchachas y buen vino. ¡Ay! muchos años han pasado desde entónces, y todavía la fortuna se me hace sorda.

Acordéme, sin embargo, de que en el año anterior era yo marinero, y tenia que subir á las velas, y tirar de las burdas, y manejar la bomba, y este recuerdo me consoló... junto con el de las diez libras adelantadas.

Así entretuve algunas horas. Saqué mi reloj para calcular las que me restaban de vela, y traté de acomodarme lo mejor posible para pasar la noche; pero no habia posicion que no me cansára: tenia en el cuerpo esa inquietud inexplicable que las mujeres han bautizado perfectamente con el nombre de hormiguillas. Paseando como en los *cuartos* de á bordo, era como me encontraba mejor; pero tenia que dar vuelta en torno á la linterna, lo que me mareaba y aburria. Además, en el barco siempre viene un compañero á hacernos compañía, ó el relevo echa un cigarro con nosotros, ó se canta y contesta el de la proa. Aquí ni de cantar me acordaba.

Resolví, pues, bajar por un vaso de rom que me templase, y mi caja de música que me distrajese.

El viejo dormia; pero por más cuidado que puse en aquella estrechísima escalera, como pasé á dos dedos de su cama, despertó.

—¿Qué es eso? ¿qué ocurre? me preguntó sobresaltado. Hablad pronto.

—Nada, buen amigo, nada. Es que vengo por un vaso de rom.

—¡Hombre de Dios!... ¡por no decir del diablo! ¡y por un vaso de rom abandonais la linterna!

Esto diciendo, se precipitó en camisa por la escalera arriba. Aquella escena de Don Quijote me puso de mejor humor.

Preparé mi pouche tranquilamente, cogí mi caja de música, y volví á subir riéndome á carcajadas.

—Ea, buen viejo, le dije al llegar entre severo y afable, ¿por qué me poneis esa cara de juez de palo? ¿qué mal hay en que fuera á buscar un vaso de rom? Ya estoy aquí; ya podeis acostaros, no sea que una pulmonía nos dé que sentir más que esa maldita linterna. Os aseguro que no volveré á hacer más escapatorias.

—¿Puedo contar con ello? me preguntó con una seriedad que me hizo otra vez reir, aunque ya de mala gana.

—Sí, por cierto. Volveos á acostar.

No muy tranquilo, que yo lo conocí en sus refunfuños, bajó la escalera.

Entre tragos y tocatas, tocatas y tragos, pasé otro par de horas; pero no sé si el rom, que era mediano nada más, se me subiria á la cabeza, ó la música me narcotizaria, ó el maldito tic-tac del reloj me atacaria á los nervios, el caso fué que me dormí como un justo, falta que nunca habia cometido á bordo, quizás porque se castiga con un chicote.

Los rayos del sol me despertaron. Apagué corriendo la linterna, y bajé. Mi compañero me esperaba para almorzar.

Despues de los postres ví venir un sermon, y con efecto,

—Jóven, me dijo el inglés, lo que hicisteis anoche no debeis volverlo á hacer.

—¿Quién se acuerda de tal cosa? respondí metiéndolo á barato. Fué una pequeña falta.

—Cuando érais marino y estábais de cuarto, ¿abandonásteis alguna vez vuestro puesto?

—Ya se vé que no; pero tampoco el caso es igual. Un faro no es un navío. Aquí no vienen rachas de improviso á romper los mástiles, ni hay que rizar las gavias á lo mejor, ni podemos de repente darle un beso á una peña, y ¡pataplum!...

—¡Buena razon! ¡buena razon! exclamó el inglés en tono mitad burlesco, mitad irónico. Nosotros no corremos peligro ninguno, es verdad; pero los barcos pueden correrlos por nuestra culpa, y muy grandes; y para eso, para evitarlos, nos tiene el Almirantazgo aquí, á 30 varas sobre el nivel del mar, dándonos un sueldo que no ganan los pobres marineros ni muchos capitanes. Jóven, añadió con amenazadora solemnidad; sobre nosotros pesan, ya os lo he dicho, mayores responsabilidades que sobre la reina Victoria, porque sus faltas tienen remedio, y las nuestras no.

—Cinco minutos no significan nada.

—Uno sólo significa mucho. Si por nuestra negligencia se perdiese un barco, cada hombre muerto se nos imputaria como un crímen. ¡Y las libras!... ¿cómo pagaríamos un barco de la India, que vale más que una ciudad? No os justifiqueis, que es imposible. Si yo creyera... pero no; aquello fué una niñada que no se repetirá. Olvidémoslo.

Y lo olvidé con efecto; lo olvidé tan completamente... como que por un oido me entraba y por el otro me salia, y hasta quise burlarme del buen inglés, aunque esperé para ello que se marchára, pues su presencia, su tono solemne, su mirada y su gravedad, me imponian respeto á pesar mio.

Con tales principios, ya comprenderá el lector que reñiríamos bien pronto. En efecto, no habian pasado seis horas, cuando se me antojó beber un vaso de rom, ántes por hacer algo que por necesitarlo en realidad. Siguió mis pasos sin decir palabra; y como reparase que desde el dia anterior habia dado fin de una botella, dejóme satisfacer mi último antojo, y luégo cerró el armario con llave y la guardó. Hice como que no lo veia y nada le dije, porque aplazando la reyerta me preparaba mayor distraccion.

Pero la idea de que íbamos á reñir me dió tales ten-

taciones y tanta sed, que viéndole asomado á la ventana le dije:

—Hacedme el favor de la llave del armario.

—No os la daré, jóven, me respondió en tono firme.

—¡Cómo! repetídmelo.

—Puesto que sois insaciable, desde hoy sólo bebereis dos vasos de rom al dia.

—¿Con qué derecho os entrometeis en lo que no os importa? ¿Con qué derecho me dais tasada la bebida?... Pronto, la llave, ó ¡vive Dios!...

Y le cogí por un brazo para amedrentarle.

El inglés, impasible, sacó la llave y la arrojó al mar por la ventana.

—Has querido hacer uso de tu fuerza, me dijo lentamente; pero aunque eres tan jóven y más robusto que yo, no te temo. Ya no tendrás rom ni poco ni mucho. Eso has ganado. Si descerrajas el armario, cuando el capitan del puerto nos haga la visita de fin de mes, te mandaré á la carcel.

No sabiendo si tomarlo en burlas ó en serio, le dí un fuerte empellon, y desde entónces fuimos enemigos.

El dia pasó sin que me fastidiase, gracias á la cólera que me dominaba.

Por la noche me tocaba velar el primero. A la caida de la tarde me encerré en mi cuchitril y dormí profundamente. El inglés veló en mi lugar, sin dirigirme al dia siguiente una sola palabra de reconvencion. Como me habia dicho que estimaba á los españoles por ser tan puntillosos de la honra, esta conducta me exasperó, pero me avergonzó al mismo tiempo... No tuve alientos para reñir aquel dia.

Al siguiente fué mi tristeza aumentándose; reflexioné que era insoportable mi existencia; comprendí que no podia luchar con el fastidio ni con el inglés, que me lo simbolizaba entre aquellas cuatro paredes, y caí en un abatimiento profundo. Las sandeces de Bertoldo y Cacaseno, que de mi infancia recordaba, me eran más agradables que todos los coloquios de Don Quijote y Sancho, inclusa la batalla de los carneros y las escenas de Maritornes; ya habia leido vez y media la Biblia de mi colega; ya me aburrian las tocatas de mi caja de música... para volver á leer, para volver á tocar, tenia que esforzarme como el que toma una purga. Me daban tentaciones de pegar fuego á los libros, y á la casa, y al faro.

Alguna vez, de puro rabioso, cantaba alternando á media voz, á gritos, entre dientes, chillon, gangoso; pero todas las canciones, todas las trovas, todos los romances que desde mi niñez habia oido á los ciegos, se agotaban en una hora, y al cabo de esa hora mi voz habia enronquecido; su eco, que repetian los murmullos del mar, si me ponia á la ventana, ó las paredes, si me metia dentro, me erizaba los cabellos, me daba escalofrios, sudor de muerte.

Nada tenia que hacer, nada que pensar, nada que ver, nada que esperar, nada que temer, nada que desear... Aquello no era el mundo.

Y mi compañero, impasible, seguia leyendo su Biblia sentado á la orilla del mar, en la peña que servia de cimiento á nuestra torre, ú observaba con su anteojo la entrada y salida de barcos en el puerto.

Más de una vez, más de mil veces, tuve tentaciones de asesinarle; pero me iba á quedar más solo.

Si queria dar paseos en la peña, daba una, dos, tres, diez, veinte vueltas en un minuto, y me mareaba, y subia á la torre, y recorria todas las habitaciones, una, dos, tres, diez, veinte veces en un minuto, y bajaba más mareado aún con el firme propósito de arrojarme al mar.

¡Cuántas veces envidié á las fieras del Retiro, que siquiera ven gente y reciben visitas los domingos!

Las aves marinas que cruzaban sobre mi cabeza, los peces que bullian bajo mis piés, los fuegos fátuos, las estrellas errantes, el minutero del reloj, todo lo que se movia, todo lo que mudaba de sitio, me daba envidia y ataques de nervios.

Hasta entónces no habia yo encontrado monotonía en el mar.

Todas las olas son iguales. Van, vienen, vienen, van, siempre del mismo modo, por el mismo sitio.

¡Y cuando pasaba un barco cerca de la torre! No quiero recordar aquella angustia, aquella desesperacion. A nado me hubiera dirigido á él, si no abundasen tanto los tiburones en la costa inglesa. ¡Cosa extraña! yo no temia la muerte, y pensaba en los tiburones con horror. En cambio los marineros pasaban de largo cantando ó fumando sobre cubierta, sin pensar que por ellos, dentro de aquella torre que con desden miraban, se moria de tedio un andaluz en lo mejor de su vida. ¡Maldito sea el primer navegante, el primer constructor de barcos, la primera vela y el primer remo que cruzó las salobres ondas!

Habia colgado mi reloj á la cabecera de la cama, para no tener á mi lado una perenne medida de mi fastidio, para no oir continuamente aquel tic-tac, que me atolondraba; pero el deseo de que el tiempo corriese, el ánsia por la noche de que llegase el dia, por el dia de que llegase la noche, me hacian ir y venir al cuarto, ir y venir, contar la hora, los minutos... ¿para qué? para nada.

Al cuarto dia, cansado de aquel estéril sube y baja, metí el reloj en el bolsillo del pantalon para no oir el minutero, jurando no pensar en él, ni acordarme de él; pero el maldito me repetia los golpes en el estómago; sentia el tic-tac en el estómago; las horas y los minutos en el estómago... tuve cólico, dolor agudo de cáncer... mi cabeza y mi cuerpo se convirtieron en un reloj; no veia más que números romanos por todas partes... ¡horas! ¡minutos! ¡y no pasaban á pesar de aquel continuo tic... tac..., tic... tac! ¡Qué invencion tan diabólica! ¡malditos sean los relojeros!

Cogí el reloj, y lo estrellé contra las piedras.

El inglés seguia leyendo ó mirando con su anteojo.

Su presencia me hacia más amarga, más insoportable la soledad. No podia mirarle sin rechinar los dientes; no podia sentarme con él á la mesa, sin que me cegáran los vértigos del crímen. ¡Y él impasible! Me dirigia la palabra cuando era necesario, me buscaba cuando tenia necesidad de mí, y nunca me dió ocasion de romperle el alma.

Me llamaba «jóven» ó «español» á secas, desarmándome con esta palabra. ¡Ah! si hubiéramos estado en Triana, frente á frente, con una navaja...

Cierta vez me dijo que habia sido jugador en su juventud; que se habia arruinado por una sota.

Loco de alegría me dí una palmada en la frente, recordando la baraja que compré en el puerto, y que tenia guardada en mi baul. ¿Cómo no la recordé ántes? Sin duda porque al juego vá unida la idea de sociedad, de compañía, y yo me consideraba solo. No alcanzo á pintar lo sublime de aquella esperanza, lo vivo de aquel deseo. ¡Matar el tiempo! ¡oh! los que se burlan de esta frase española, no comprenden su lúgubre, su inmensa filosofía.

Matar el tiempo es vencer al único enemigo que nos vence á nosotros; es ganar en una partida con la muerte un minuto de vida.

—¡Vamos á jugar! dije á mi inglés.

—¡Jugar! nunca. ¿No sabeis que el juego es una invencion del demonio? ¡Comprometer la salvacion de mi alma por un frívolo pasatiempo! ¡nunca! ¡Líbreme Dios de semejante pecado!

No le asesiné, porque me quedaba un recurso, un supremo recurso: jugar solo. Parece mentira; pero esta esperanza dulcificó mi carácter media hora. Se habia el fastidio enseñoreado en tal manera de mí, que aplacé el castigo de aquel hombre hasta despues de jugar y entretenerme un rato. Pero mi ódio se habia reconcentrado, se habia embravecido. No podia ya transigir con él, con él que, por su sequedad, por su egoismo, por su mogigatocracia, me hacia más y más insoportable la vida. Hoy aborrezco hasta su recuerdo.

Mi corazon se dilató como el de un náufrago que toca la orilla, cuando tuve en mis manos la baraja. Cada naipe era para mí un hombre, una sociedad, una muchedumbre. Figurábame que jugaba en una taberna entre amigos, y pasé una hora jugando por todos. Jugué á la brisca, al solo, á la treinta y una... ¿qué sé yo? Pero esta inocente locura no podia durar.

Terrible fué la reaccion. Cansado de engañarme á mí mismo, cansado de entretenerme con mis propias fantasías, como un niño que hace y deshace bolas de jabon, caí en un marasmo, en un abatimiento inexplicable. ¡Cosa rara! ya no pensé en asesinar á mi compañero, por quien sentia tan profunda compasion como de mí propio. Él que no cantaba nunca, que sólo leia su Biblia ¡y en inglés! estaba ménos desesperado que yo. Mi natural energía rebosaba por todos los poros del alma, y falta de empleo se cebaba en mi cuerpo.

Tuve calentura y congestion cerebral; tuve sarna; me picaba la sangre en las venas como si fuera vidrio molido. Me mordia, y no me hacia daño.

¡Qué dichosos son los presos de las cárceles, los presidiarios de Ceuta! ellos pueden maldecir de los hombres, acusar de injusta á la justicia, hacer algo... Yo ¿de qué habia de quejarme? ¿de mí mismo? el hombre se cansa muy pronto de reconocer sus propias faltas. ¡Si hubiera podido acusar al inglés, asesinarle por haberme llevado allí!... pero me desarmaba el recuerdo de su burlona sonrisa, cuando quise hacer escritura por un año. Era superior á mí; era superior al fastidio, puesto que no se fastidiaba... y esta superioridad me imponia. ¡Ah! ¡si llega á ser otro yo, le mato de seguro!

Entre tanto, el cumplimiento de mi obligacion iba como Dios queria. Al entrar de guardia atizaba negligentemente la linterna, y luégo me dormia como un bendito, sin cuidarme de nada. Provocaba y temia otra riña con el inglés.

Una noche, á poco de empezar mi turno, subió y me encontró dormido. Al despertar, le vi á mi lado leyendo calmosamente su eterna Biblia.

—Español, me dijo con rabiosa ironía viéndome desperezar, ¿por qué no te acuestas en la cama?

Yo lo tomé por lo sério, bajé y lo hice al pié de la letra.

Al dia siguiente me preguntó si no me avergonzaba de mi conducta, arguyéndome de falta de pundonor. Estaba el pobre desesperado, y medio muerto de insomnio y de cansancio. Le respondí que no se metiera en camisa de once varas; pero creo que tambien me puse de rodillas para pedirle perdon.

—Tengo un sueño tan ligero, añadí entre dientes, que al menor ruido me hubiera despertado.

—¿Te atreves á disculparte? exclamó con gravedad. ¿Y si la linterna se hubiera incendiado? ¿No sabes que una vez sucedió esta desgracia por haberse dormido el vigilante al lado de ella, como tú, y cuando se le hizo la autopsia tenia en el estómago diez onzas de plomo derretido?

—¿Piensas asustarme con ese cuento, vejete ridículo? repuse con soflama. ¡Como si el plomo derretido pudiera colar por la boca de un hombre!

—Es de plomo el techo del faro.

—Colará, pero acá no cuela.

Miróme fijamente un buen espacio, pero nada replicó; y cogiendo el libro de las señales subió á la linterna, y con ayuda de una luz hizo en uno de los reflectores varias cosas extrañas. Cuando volvió á bajar, puso el tintero sobre la mesa, y sacando papel, me dijo:

—Acabo de hacer la señal convenida para que venga el bote de la capitanía. Cumplo mi deber anunciando al capitan del puerto que tú no cumples el tuyo.

—Tu alma en tu palma, le repliqué indiferente.

(Se concluirá.)

V. Barrantes.

BENITA ANGUINET.

En la pág. 400 hallarán nuestros suscritores el retrato de esta habil prestidigitadora, cuyos notables juegos, hechos con destreza maravillosa, cautivan la atencion del público que frecuenta el lindo teatro de Variedades.

La señorita Anguinet nació en Burdeos, de padres franceses; pero fué su madrina de bautismo una bella señora aragonesa, y dióle su nombre, Benita, que no es muy comun entre las damas de allende el Pirineo.

Era su padre un prestidigitador distinguido, que pertenecia á esa brillante escuela fundada por el famoso Robert Auboin, y adivinando las felices disposiciones que mostraba la niña para el arte mágico de Macallister, pensó en educarla convenientemente.

En Marsella hizo su *debut*, y llamó la atencion del público no sólo por la brillantez y limpieza de los juegos, sino tambien por lo vivo y pintoresco de su lenguaje.

Recorrió despues la Francia, Bélgica, Holanda y Alemania, y alcanzó entusiastas ovaciones.

En Weymar, el célebre pianista Listz la presentó á la corte, siendo recibida de un modo muy lisonjero; y en Eisenach, donde á la sazon residia la duquesa viuda de Orleans, dió pruebas de su talento y habilidad en presencia de esta ilustre señora y de sus dos hijos, el conde de París y el duque de Chartres, siendo acogida con el mayor interés y benevolencia.

Volvió á París precedida por la fama de triunfos tan señalados, y proyectó é hizo construir al poco tiempo un bellísimo teatro en el Pré Catalán, centro perpetuo de la buena sociedad parisiense y de los extranjeros más notables, y en el cual continuó sus representaciones, poniendo el sello á la ya envidiable reputacion que la rodeaba.

MAD. BENITA ANGUINET, NOTABLE PRESTIDIGITADORA (pag 399).

En Madrid se presentó por vez primera, en el teatro de Variedades, durante la temporada teatral de 1866, y recibió grandes aplausos del ilustrado público que acudia á presenciar las animadas sesiones de física recreativa que celebraba la distinguida artista. Ahora ha vuelto nuevamente á la coronada villa, y actúa en el mismo teatro, siendo tambien extraordinariamente aplaudida.

Y en verdad que en las amenas *soirées* de la señora Anguinet se pasa un rato delicioso, admirando las variadas y difíciles suertes que la simpática maga ejecuta con inimitable destreza.

CIENCIA INDUSTRIAL.

APLICACIONES DE LAS CORRIENTES TERMO-ELÉCTRICAS.

Determinar telegráficamente la temperatura de lugares inaccesibles para el observador, esto es, seguir las variaciones de la temperatura del aire en diferentes alturas, y la de la tierra y la del agua en diversas profundidades, es una de las cuestiones que interesan en más alto grado á los meteorologistas.

Del mismo modo, averiguar la de los de vegetales y animales, sin herir sus órganos de la vida por la introduccion de aparatos extraños, es tambien muy importante para los fisiólogos.

El movimiento vibratorio, no solamente es el orígen ó la causa, mejor dicho, del sonido, sino que lo es tambien del calor, de la luz y de la electricidad; y la ciencia, que no se limita á concebirlo en teoría, lo demuestra.

Si el calórico, la electricidad y la luz tienen un orígen comun, sus efectos deben ser equivalentes en intensidad; es decir, que cada uno viene á ser un elemento de medida para el otro.

Así, un equivalente de calórico debe trasformarse en un equivalente de electricidad, y vice-versa; y esta verdad científica, establecida teóricamente desde antiguo, ha sido demostrada por Sebeeck en 1821, en lo que se refiere al calórico y á la electricidad, en virtud de numerosos y afortunados experimentos.

En ellos se funda el *pirómetro eléctrico*, indicador de temperaturas por la via telegráfica, representado en el segundo grabado de esta página, y llámase *pirómetro*, y no *termómetro*, porque con él se pueden medir exactamente las temperaturas más elevadas. Los distintos métodos que hasta aquí se han empleado para medirlas, han sido olvidados bien pronto; unos por impracticables, otros porque eran causa de muchos errores.

Aun el *pirómetro* de que nos ocupamos no es tan exacto y sencillo como fuera de desear, y menester será esperar á que se pueda fundar un método pirométrico, que sea á la vez practicable y minucioso en sus resultados, para apreciar debidamente la dilatacion y capacidad calorífica de los cuerpos sólidos.

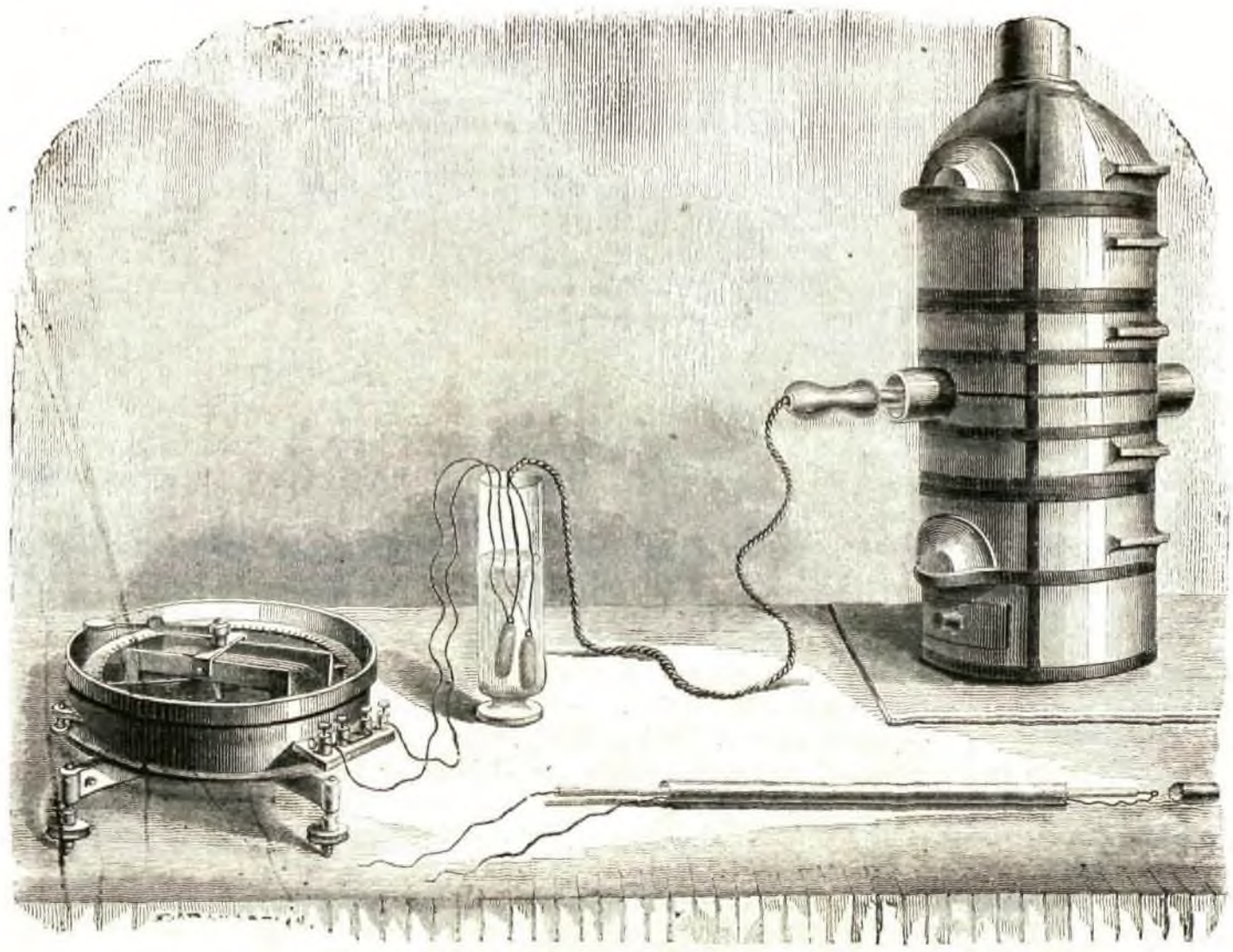
La instalacion de este pirómetro, debido á M. Becquerel, es no obstante bien fácil: dos hilos eléctricos están unidos por sus extremidades; el uno, *palladium*, pasa á través de un tubo de porcelana, de tal suerte, que los dos elementos estén en contacto únicamente por las puntas extremas.

Las otras dos extremidades libres de los hilos eléctricos se prolongan lo bastante para no recibir influencia alguna de calórico, y se unen, finalmente, en los polos de una brújula.

Esta aparece dividida de tal suerte, que los grados de desviacion de la aguja magnética puedan ser reducidos con facilidad á grados de temperatura, por medio de una tabla de relaciones.

Tal es el *pirómetro eléctrico*.

El interés de la industria fundada en el uso del calórico no consiste exclusivamente en medir la intensidad del foco, sino en señalar sus diferentes fases: por eso este indicador termo-eléctrico es un aparato de utilidad suma.



PIRÓMETRO ELÉCTRICO.

ANUNCIOS.

Del Aceite de Bellotas con sávia de coco, que se vende en la calle de las *Tres Cruces*, *núm. 1*, cuarto principal, á 6, 12 y 18 rs. frasco, y en 2.000 farmacias, droguerías y perfumerías de todo el globo, dice *La Política* en Julio último lo siguiente:

«*A los bañistas.*—Si para toda clase de personas es utilísimo el *Aceite de Bellotas con sávia de coco*, que ya en otras ocasiones hemos recomendado como inocente cosmético y eficaz medicamento del cabello y de muchas enfermedades de la cabeza, para nadie quizá tiene una aplicacion tan directa y recomendable como para los bañistas; sabido es, en efecto, la humedad que constantemente conservan en la cabeza los que hacen uso de los baños; perjudica muchísimo al cabello, y nadie ignora tampoco la accion destructora que en él ejercen los cloruros, potasas, sulfuros, carbonatos y otras sales en que abundan las aguas minerales y marítimas. Ahora bien: el *Aceite de Bellotas con sávia de coco*, inventado por el señor Brea y Moreno, neutraliza todos estos efectos, suavizando el pelo, dándole consistencia, manteniéndole fresco, lustroso, flexible, y viniendo á ser un auxiliar, ó más bien un correctivo, de los inconvenientes que lleva consigo la hidroterapia. Por esta razon encargamos á todos los bañistas que no olviden en su neceser de viaje un frasco siquiera de aquel precioso líquido.»

NOTA. *Exigir el busto y firma del inventor en la etiqueta, que hay Hato servil, como llama Horacio á los falsificadores.*

VELUTINA CHARLES FAY *La Velutina* es un polvo de arroz especial. Su preparacion al Bismuto le asegura sobre la piel un efecto saludable.—*La Velutina es adherente, impalpable* y absolutamente *invisible*: así es que da al rostro una frescura y un aterciopelado naturales. Precio 5 francos.

Una noticia ilustrada acompaña á cada caja.

La Velutina se encuentra en casa de todos los principales perfumistas y en casa del inventor

CHARLES FAY, 9, rue de la Paix, en París.

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.